

RADIO
BUAP | 96.9
FM

radiobuap.com



POR LOS CAMINOS ★ **DEL MUNDIAL** ★

CRÓNICAS (NO) FUTBOLERAS

Compilador: Ricardo Cartas



Índice

¿Cómo nació este libro?	Por Ricardo Cartas	3
Derrota dolorosa	Por Ignacio Ibasaguren	5
Enamoramiento del Deporte		
La preparación es dura		
Nacho Trelles		
De la derrota a la victoria	Por Paul Moreno	7
El disfrute del juego		
Del cielo a la tierra		
Los mundiales del búfalo	Por Carlos Poblete	9
Dominadas en Familia	Por Rafael Trujillo	10
Pelé y Maradona. Opuestos similares.		
Recuerdos del periodismo		
Futbol sí, rubias...	Por José Hanan	12
México 86 y el gol de Miguel Negrete	Por Rodrigo Durana	13
Alemania 2006: El mundial, mi mundial	Por Mayra Aguirre	17
Noventa minutos y ya	Por Cristina Guarneros	20
Simplemente porque creo en el Futbol	Por Angélica Martínez	23
Los feos	Por Karla Denisse Casas	25
Sueño Mundialista	Por Francisco González	26
Petite arritmia	Por Ángel Oropeza	27
Alemania 2006 a Brasil 2014 y como el amor fue surgiendo	Por Julia Iturbe	29
Amor al enemigo	Por Verónica Juárez	31
Un clavado que nadie olvidará Un joven seleccionado	Por Juan Carlos Báez	34
La nostalgia del último partido	Por Dennis Cortinez	37
Siempre locos y emocionados por el mundial	Por César Cercado	39
Luna de miel	Por Ricardo Hernández	40
Lo que más me gusta son las estampas	Por Kevin Ricardo Hernández	43
Sencilla crónica de un primer grito de gol mundialista México - Brasil (17 de Junio del 2014) ¿Cómo matar el hambre mundialista? El futbol según Brasil	Por Angélica Chevalier	46
	Por Denzel Hernández	48
	Por Enrique Moctezuma	50
	Por Benjamín Sánchez	52
	Por Darío A. Mendivil	55
	Por Tiago Díaz	57

¿Cómo nació este libro?

por: Ricardo Cartas

Si pudiera rescatar uno de los momentos más felices de mi niñez, sin duda es cuando salía a jugar a la calle futbol allá por el año de 1986. No fui a ningún partido del mundial porque no tenía ni un quinto, pero seguí todos los partidos por televisión, sobre todo los de México y Argentina. Ese año tenía una pregunta existencial ¿Ser como Manuel Negrete o como Diego Armando Maradona? Sí, jugaba en la calle con mis amigos y me iba narrando cada una de las jugadas; me imaginaba como Diego llevándose a uno, dos, tres, hasta llegar al área del enemigo y meterla.

Cuentan las malas lenguas que yo era bueno jugando, pero después algo pasó; no sólo me distancié, sino que hasta llegué a odiarlo. Cuentan las malas lenguas que después de fallar una clara llegada de gol contra el Instituto Oriente dije: ya no más, esto no es lo mío. Ni hablar.

Después vino la adolescencia y el futbol era el pretexto perfecto para destapar las cervezas y ponernos hasta las chanclas. Tengo un recuerdo en especial muy, pero muy divertido. Fue en el Mundial de 1994. México jugaba contra Bulgaria y en la ronda de penaltis García Azpe, Marcelino Bernal y Jorge Rodríguez fallaron y con eso (como casi siempre) nos despedimos del mundial. En esa ocasión, varios amigos fuimos a una cabaña en Valsequillo. Formamos las botellas que nos íbamos tomando y se dibujaron varios metros. El gol de México lo celebramos como verdaderos orangutanes, mucha patada y golpes que hablaba de la frustrante adolescencia que vivíamos en medio de familias de doble moral poblana y una escuela conservadora que potenciaba la furia de los adolescentes.

Perder en los mundiales es una cruda física y espiritual. Así lo platican muchos y ese día fue la primera vez que lo experimenté. Salimos de la casa de Valsequillo de nuestro amigo y regresamos a Puebla en silencio y con una cruda increíble. Yo le pregunté a uno de mis amigos si me podía quedar un rato en su casa en lo que se me bajaba un poco la borrachera que traía. Él me dijo que sí. Otro amigo se pegó y los tres nos enfilamos hacia la puerta. Mi amigo entró a su casa y nosotros estábamos a punto de hacerlo; sin embargo, me contuve porque vi que estaba toda la familia reunida y no podía arruinar esa escena maravillosa de la sociedad poblana. Así que no entramos. Imagínense cómo andaba mi amigo que días después nos platicó que hasta nos presentó con su abuelita.

Mira abue, este es el Cartas, es el que siempre me sonsaca para irnos de borrachos. Ni hablar. Creo que todo el mundo tiene una buena anécdota sobre el futbol. Ese fue el objetivo de hacer este libro. Convocar a la audiencia, a los amigos de Radio BUAP a que nos compartieran una anécdota, sus vivencias, un pedacito de su memoria futbolera. La idea la fuimos cocinando entre Pablo Prieto y yo. Armamos una convocatoria y la verdad es que nos fue muy mal. Creo que sólo llegaron un par de textos. Sin embargo, no creímos que fuera conveniente abandonar el proyecto. Así ideamos una estrategia para lograr nuestro objetivo.

-¡Nos vamos a dar un encerrón y no nos vamos hasta que esa crónica esté terminada!

Eso fue lo que le dije a Pablo Prieto. Y en tres días, teníamos un espacio maravilloso, la sala AURI del Complejo Cultural Universitario de la BUAP y cerca de una veintena de futboleros dispuestos a pasar cinco horas encerrados escribiendo. Muchos amigos llegaron y también tuvimos la oportunidad de recibir a grandes personalidades del futbol en Puebla. De hecho, quisiera agradecer a Angélica Chevalier su apoyo y sus ideas para hacer crecer este proyecto. Sí, cuando nos dimos cuenta, la reunión-taller-maratón futbolero se estaba convirtiendo en un acontecimiento. Sólo con el futbol se podría hacer una reunión de este nivel.

Y entonces todo se hizo realidad. Al dar las dos de la tarde tenía todos los textos y una sonrisa de haber logrado nuestro objetivo. Creo que este es buen ejemplo de lo que se puede lograr a partir del trabajo en equipo. Claro, que siempre hay personas importantes que su apoyo y decisión son fundamentales para que logren iniciativas como esta. Quiero hacer público mi agradecimiento al Mtro. José Carlos Bernal que confió y apoyó el evento. También a Pablo Prieto, Angelica Chevalier, Sergio Ubaldo, Américo Vázquez, Alfredo Guerrero, Sofía Abundis, Denzel y Kevin Hernández, Gerardo Ramírez, Pepe Hanan, Ricardo Hernández Esparza, Paul Moreno, Carlos Poblete, Ignacio Basaguren, Fernando Trujillo, César Cercado, Tiago Diaz, a todos los autores que nos dieron su tiempo y que compartieron sus sueños futboleros.

Edificio Carolino, junio de 2018

por: Ignacio Basaguren

La derrota que más recuerdo fue contra América. Atlante había hecho una primera etapa del torneo maravillosa. Había ligado 23 juegos seguidos sin perder. Los 15 primeros de esa temporada, le llevamos como 8 o 10 puntos al segundo. El árbitro, Arturo Yamasaki, expulsó en el minuto 23' al 'Perico' González y a Rafael Puente; jugamos todo el partido 9 contra 11. Para expulsar a Puente detuvo 12 minutos el encuentro. Yo le pregunté a Yamasaki "¿Por qué lo expulsaste?", a lo que él respondió "Porque me insultó", entonces yo le recité en su cara todas las leperadas y groserías que me pasaron por la cabeza. Yamasaki se rió y me dijo: "Mira Nacho, a ti no te voy a expulsar, así que déjame en paz". Ese era Yamasaki, un gran árbitro. Eso me costó mi carrera, por haber enfrentado una situación que me parecía profundamente injusta. Ese es el partido que recordaré toda mi vida.

Enamoramiento del Deporte

Para mí era mucho más importante jugar que ver jugar, pero también en mi tiempo no era tan fácil ver jugar fútbol. No había televisión, y mucho menos se transmitían todos los partidos. Si tú le ibas a un equipo foráneo, tenías que trasladarte para verlo; había algunos de mis compañeros del colegio que si viajaban para ver su equipo, pero yo ni tenía. Hasta que un día, a los 11 años, me invitaron a ir al estadio donde jugaba el Atlante: "el Olímpico de los deportes". Ahí me enamoré del Atlante, donde jugué muchos años después. Ahí conocí la alineación y hablábamos de los jugadores; sin embargo, para mí se convirtió mucho más importante jugar que ver jugar.

La preparación es dura

Los mundiales ordinariamente se preparan con referencia a un equipo a vencer, ése era Brasil. Todos decíamos: "¿Y cómo le vamos a ganar a Brasil?". Nacho Trelles decía: "Pues correteándolos, porque si no, no. Si los dejamos jugar, ni los vamos a tocar. Así que dispónganse a correr por toda la cancha y todo el tiempo que puedan. Cuando España era la campeona del mundo, con esa media cancha tocadora en corto y con la variedad de jugadas en mediocampo, todos los equipos del mundo se preparaban para ganarles. Alemania encontró la manera de vencer a España, que es cómo juega ahora, con presión en mediocampo. Los alemanes no te dejan armarte en mitad de cancha; tienen una presión en la salida extraordinaria, porque son marcadores magníficos. Acaban metiéndose a tu portería y con un gol te ganan.

Todos los equipos están armados, y se armaron para ganarle al campeón del mundo, que es Alemania. No hay equipo más estudiado que el alemán. Nosotros tenemos la suerte de jugar contra Alemania en el primer partido. Olvídate del resultado, es igual 8-0 que 4-0. Ahí no está la parte bondadosa de la cuestión; sino que tú entras a un mundial, desde el primer juego, al nivel más alto que se va a jugar. Empiezas por lo más difícil y te preparas después para los equipos menos fuertes. Es una ventaja comenzar jugando contra el duro. Si iniciáramos contra Corea, la cosa tendría tintes distintos.

Nacho Trelles

El partido que recordaré durante toda mi vida, y siempre diré que fue uno de los momentos cumbres que viví en el fútbol, fue cuando con México, en la Olimpiada de 1968 perdimos la medalla de bronce. Fue verdaderamente ridículo lo que jugamos en ese partido.

Japón nos marcó personalmente en toda la cancha, cosa que no se esperaba. Nunca resolvimos cómo jugarles a los nipones. Pero eso no es lo que yo quiero ponderar como lo magnífico. Ese día hubo una cojiniza. Y es que, en ese entonces se alquilaban cojines para sentarse en el cemento duro; nos llovieron. Lo pueden ver con algún resumen del partido. Además, paseaban en el pasillo del Estadio Azteca féretros contra Trelles. Al salir la situación era muy difícil, no sabíamos que hacer. Entonces Nacho Trelles dijo lo siguiente “muchachos la Federación Mexicana de Fútbol les agradece todo el esfuerzo que ustedes hicieron para competir en esta Olimpiada; sus carreras van a seguir adelante y serán exitosas. Váyanse a descansar, no se preocupen; vayan con sus familiares y no atiendan a la prensa, que yo me encargo de todo”.

Ahora voy a contar la antítesis. Nos golea Italia en el mundial de 1970. Tuvimos que soportar la tristeza, el enojo y los reproches del vestidor de México hasta el centro de capacitación. Hora y media de camino en donde nadie dijo una palabra, no hubo un consuelo, no hubo un agradecimiento. Llegamos al centro de capacitación, nos fuimos a nuestros cuartos, nos llevamos todo lo que pudimos (hasta las almohadas), nos subimos cada uno a su coche y directo a casa. No hubo nadie que dijera “señores futbolistas muchas gracias” o “en nombre de la Federación Mexicana son todos ustedes unos imbéciles”. No hubo quién dirá la cara ante la derrota. Esa es la distancia que siempre tendrá Nacho Trelles sobre todos los demás técnicos nacionales.

por: Paul Moreno

Voy a Chivas. Estaba en ese momento Ricardo La Volpe de entrenador. Me toca jugar contra América (mi primer clásico). De tener un partido que empezamos ganando y estamos dando un paseo, un baile, dije “ahorita nos vamos a golpear a estos”. Íbamos 1-0, al final nos ganan 2-1. En esa temporada sale Ricardo, hay una serie de cambios de entrenadores.

Nos toca jugar la semifinal, otra vez contra el América. Y ahí sí no superaron, nos dieron un paseo tremendo. Fue la primera vez que sentí que alguien nos podía ganar. Me acuerdo que nos ganaron 3-0, con el famoso gol en el que Edu, un hombre alto y flaco, da un pase de ‘rabona’, desde el costado y llega a rematar. Nos quedamos dolidos, me sentí tremendamente superado; fue muy duro. Normalmente la gente en el triunfo se suma; pasan, te piden fotos y todo tipo de situaciones. La derrota puede ser tan fuerte, dura y sola que es complicado. Recibes todo tipo de frustraciones, agresiones, y muchas cosas más.

En el mundial del 1983 todo estaba listo. Las expectativas estaban altas. Pero llegar ahí, perder el tercer partido y quedar eliminados, terminó en aficionados quemando banderas, insultándonos y aventándonos de todo. Uno reflexiona: “Pero sí es fútbol ¿por qué actúan así?”. Y de repente te encuentras en tu camino solo. Son situaciones que lo hieren a uno, pero te fortaleces con ellas. Sin embargo, también te suman las victorias y los campeonatos.

De las cosas maravillosas que recuerdo, aquí nos tocó jugar una vez contra Tampico. Nacho lo traía en ese tiempo, con jugadores como Carlos Reynoso. Hacemos un partidazo y les metimos 8 goles; la gente se quedó aplaudiendo, pidiendo que volviéramos a salir a jugar. Son situaciones increíbles. Vives tanto de un lado como del otro. El deporte es así, es parte del juego.

El disfrute del juego

Nací en Chihuahua, en esos tiempos, finales de los 60’s principios de los 70’s, allá en Delicias era muy complicado tener transmisión. Recuerdo a mi padre muy aficionado al fútbol. Para poder ir a ver un partido era muy complicado. Nos teníamos que trasladar 3 o 4 horas; llegaba a un restaurant, instalaba su tele y ahí estábamos todos viendo el partido. Siempre crecí con eso; con esa ilusión, con ese sueño. Creo que fue hasta que me cambié a Salamanca, Guanajuato, a los 1213 años de edad, que vi mi primer partido profesional.

Trataba de conseguir revistas, de saber quiénes eran los jugadores. Cuando se acercaban los mundiales, estaba ávido de saber que noticias salían, pero indudablemente lo más bonito era jugar, lo que más me llenaba.

Del cielo a la tierra

Fue un mundial con muchas expectativas, porque al final se jugó aquí en México. Me tocó llegar, debutar esa temporada, 82-83 aquí con el Puebla y empezar muy bien. Fuimos a hacer pretemporada en Avándaro; iban los españoles Pirri, Asensi, Muricy. Me acuerdo que el primer partido lo jugamos contra Toluca. Al minuto 37, Eusebio Martínez, que era un muchacho con muchas expectativas en el club - jugaba muy bien por izquierda-, le dan una entrada y se lastima. Nada más me asomaba para ver si Manolo me veía y entonces salgo a calentar rápido, termina el medio tiempo y no me metió. Entonces me da indicaciones de que me siga activando. -¿cómo estás Eusebio? Déjame seguir jugando, déjame seguir intentando.

Inicia el segundo tiempo pasan 5 minutos, no se puede el cambio, hasta que entro y me dice Manolo: vas a entrar por izquierda, intenta lo que vienes haciendo. La primera jugada que tengo, arranco de la izquierda; empieza a jugar en transición la pelota de izquierda a derecha, juegan con Arturo Álvarez. En el momento que meto una diagonal, le logro ganar la espalda lateral. Era rápido, ya cuando se dio cuenta ya le había ganado el fondo, desbordo y ya llega Muricy, se la pongo y mete el primer gol. En la segunda jugada, estaba "el Chita Aldrete" de Toluca. Me quiere anticipar, pico la pelota, me voy y meto otro pase de gol. Entonces en ese momento fue un debut muy padre.

En el trayecto de ese torneo Manolo me utilizaba como recambio, nos fue bien. El Puebla nunca fue campeón y empezamos a avanzar; había la invitación para la selección juvenil, pero el estar participando en el Puebla no permitía eso, en ese momento se tomaban decisiones de que tenía que estar concentrado con el equipo, la preparación del equipo. Al final se da que el equipo sale campeón; todos festejando de salir victoriosos, pero al siguiente día teníamos que concentrar.

Llegamos al mundial, las expectativas indudablemente altas, había muchachos que habían tenido un proceso de preparación importante y ahí estábamos metidos, e implicaba otras cosas como la responsabilidad de prácticamente tener que resolver muchas situaciones de esa selección, en cuanto a ganar y resolver. Al final hubo desilusiones; como a veces nos ha pasado, porque uno va con la idea de querer brindar lo máximo, cooperar, estar.

Fue una alegría tremenda haber cumplido mis sueños, salir campeón con un equipo de primera división, con el equipo Puebla en el debut, y por el otro lado una decepción tremenda, no sólo para mí sino para la afición entera.

Los mundiales del búfalo

por: Carlos Poblete

Como buen futbolero, tengo recuerdos desde niño con la selección de Chile. El primer mundial que tengo razón es Alemania 74, con Reynoso, Caseli, Gamboa; jugadores que jugaron en México. No les fue muy bien; Caseli fue uno de los primeros jugadores expulsados en la historia de los mundiales.

Sin embargo, en lo personal, el mundial más anecdótico fue el de España 82. Siempre fui un admirador de las fuerzas brasileñas y esa selección fue mágica; me tocó ver un par de partidos contra Argentina, la derrota contra Italia. Los brasileños, como sabemos viven el fútbol de una manera espectacular, en un carnaval se convierte la victoria frente al acérrimo rival que es Argentina y un velorio literal, en la derrota contra Italia, con 3 goles de Paolo Rossi, quien al final terminó siendo el goleador de la copa. Cuando Brasil jugaba con jugadores como Zico, Sócrates, Falcão, Luizinho, Júnior con un portero que no cumplió mucho, en esa época era Waldir Peres; no tiene los porteros que tiene ahora con mejor nivel. Sin embargo yo creo que en España 82 he visto una de las mejores selecciones, sin duda España 82 fue el mundial que más me marcó.

Dominadas en Familia

por: Rafael Trujillo

La historia la comenzó a mi papá, con un récord de dominar el balón por 13 horas. Posteriormente lo hicimos 24 horas, mis hermanos, Ale, Toño y Willy, mi papá y yo. Después a mí me tocó, en Olimpiada de Grecia dar 76 golpes a un balón de un centímetro de diámetro.

Empecé a dominar el balón con una red, así fue como mi papá me enseñó. Suspendido se le pegaba con ambas piernas, rodillas y luego cabeza. Después sin la red pensé “voy a ser lo mismo”, sin embargo empecé a hacer una; mi papá me decía “vuelve a intentarlo”. Después hacía 2, 3, 4 y así hasta llegar a las horas. Ya para una presentación te preparas con entrenamiento diario dos o tres días antes. Tienes que mentalizarte en que el balón no va a caer.

La convivencia fue algo muy bonito, porque el 1970 inicio yo con mi papá; en 1974 se adhiere mi hermano Alejandro y para 1977 entran Toño y Willy. Poco a poco se fue integrando el grupo de una manera increíble, recibíamos los aplausos en familia. Las invitaciones asistir a los mundiales empiezan con mi papá. Tuvo una amistad con Stanley Rose, que era presidente de FIFA. Después se hace amigo del sucesor, João Havelange y él es el que nos sigue invitando. Actualmente perdimos el contacto con ellos.

Con Stanley Rose fuimos a la Olimpiada de Alemania a dominar dos partidos. Posteriormente nos dice: “vengan a dominar mañana, pasado mañana a Nuremberg, el viernes en Berlín y el sábado se regresan a Múnich”. Todos los días dominamos el balón en Alemania.

De los mundiales que más recuerdo es el México 1970. En ese mundial fue mi debut dominando el balón. Tenía 9 años de edad y me tocó aparecer en el partido entre Italia y Uruguay. Estaba el estadio lleno debido a que ambas escuadras eran la sensación del mundial. No podía salir al campo, hasta que mi papá me dijo: “sal al campo y domina como si estuvieras solo”. Salgo solito al campo, con todo el temblor de las piernas, pisando el pasto se me quitó, comencé a dominar y terminé dando la vuelta al campo. Ese acto lo vieron Luigi Riva, Yani Rivera, Jacinto Facchetti, Albertosi y Cubillas.

En la Olimpiada de Alemania en 1972, nos toca ver en el pizarrón del estadio de Munich “Mr. Alejandro Trujillo y Rafael Trujillo”. En ese momento me dio mucho pánico y le dije a mi papá: “yo no salgo, sal tú solo”, me jaló y me dijo “no, cómo no”. Salimos, dominamos y recibí los mejores aplausos que recuerdo. En ese entonces estaba Lato jugando por Polonia, se acercó a mí y me dijo algo, no le entendí pero creo que fue bueno.

Pelé y Maradona. Opuestos similares.

Maradona y Pelé son dos polos. En el futbol son unos magos, pero en su vida personal son muy diferentes. Lo conocí en este mundial (1970). Posteriormente me tocó verlo en 4 o 5 ocasiones. Cuando está en una multitud corre; pero cuando está en un grupo pequeño de personas, es la más atenta y amable que puedan imaginar. A mi papá le regaló dos playeras, una de Brasil y otra de Santos. Siempre me dio consejos cuando me lo topé.

Maradona es la cara contraria. Estuvimos presentes en el mundial de Estados Unidos 1994, cuando lo agarran con la efedrina. Salió el campo de la mano de una enfermera, parecía que estaba calmado. Tanto prensa, muy poca por cierto, como árbitros, el equipo de Argentina y nosotros, estuvimos en los vestidores y lo vimos llorar como un niño. Mi hermano Toño, que es su fan, su puso a llorar con él; ambos niños estuvieron abrazados llorando.

Previamente en el mundial de 1986, en Siempre en Domingo, nos tocó dominar el balón con Maradona. En círculo, empezaron mis hermanos Alejandro y Willy, después me uní yo y así nos seguimos. Tiene una técnica extraordinaria.

Recuerdos del periodismo

por: José Hanan Budid

A mí me tocó visitar los estadios desde niño. En mi cabeza hay varias anécdotas, pues tengo 49 años y desde los 8 me tocó visitarlos. Conozco casi todos los estadios de México. Un recuerdo que tengo muy presente, tal vez en parte porque está fresco, son aquellos partidos del ascenso con Lobos BUAP.

Fue una situación muy interesante tanto el primero en Ciudad Juárez, como el segundo en Sinaloa. El viajar; el llegar; el sentirte apestado. No me dejaron entrar al estadio, e incluso me sacaron de la cancha. Teníamos a la federación en contra. Fue una situación muy anómala pero al terminar en victoria, se disfrutó mucho.

Primer visita al vestidor

Estaba muy emocionado, tenía 7-8 años, mi papá me había dicho: “Oye, vas a entrar al vestidor del Puebla” (previo a su primer campeonato, en el 83). Como bien saben la puerta del vestidor da hacia el túnel, en el Estadio Cuauhtémoc. Llego y me abre el utilero. Lo primero que ví, al levantar la cabeza, fue a Ítalo Estupiñán desnudo. Un hombre de dos metros, sumamente atlético, que me dio una impresión enorme. Fue lo que menos me imaginé ver.

Futbol sí, rubias...

Por: Rodrigo Durana

Junio de 1986, un halo de luz celestial caía sobre la hermosa rubiecita de caireles, de cuyo nombre no quiero acordarme, se encontraba parada junto a la orilla de la alberca, portaba un traje de baño blanco, se disponía a lanzarse hacia el agua, y por alguna razón más allá de cualquier entendimiento, ella volteó hacia donde estaba yo, me miró, sonrió y después ejecutó su hermoso y espectacular clavado.

Mundial México 86, yo apenas tenía ocho años de edad, mis padres no sabían nada de futbol y, por ende, en mi casa no se veían los partidos en la tele ni se hablaba nada del balonpié. Yo acudía a una escuela enorme, donde lo más importante, después de alabar a San Ignacio de Loyola, era el futbol; en los recreos todos los niños corrían a las canchas para jugar, todos comentaban sobre tal o cual jugador, incluso algún sábado habían acudido al patio central Juan Alvarado y Paul Moreno, técnico y jugador estrella del Club de Futbol Puebla, para firmarnos nuestras camisetas, yo no tenía la de la franja, entonces me firmaron la de la escuela; yo pasaba los recreos jugando futbol y viendo jugar a las niñas, en específico a una rubiecita de caireles, de cuyo nombre no quiero acordarme y que iba un año abajo, me ponía de portero sólo para tener tiempo de poderla ver jugar con sus amigas; bueno, para no hacer la historia más larga yo amaba a las niñas rubias y al futbol, en ese orden, aunque después ese orden se invertiría.

Mis padres, como buenos proletarios, durante las vacaciones me mandaban a cualquier cantidad de cursos, para ser una persona “mejor preparada”, aunque más bien creo que era para que no me quedara solo en casa y la incendiara o causara algún desperfecto mayor; como sea, esas vacaciones, quizá por la euforia futbolera del mundial de futbol celebrado en nuestro país y en nuestra ciudad, optaron por mandarme al Club Alpha 2, al curso de futbol del Maestro Trujillo, muy famoso por dominar miles y miles de veces el balón sin que se le cayera. Lo bueno de ese curso es que además de ir de lunes a viernes, los fines de semana había partidos, por lo que el chamaco, es decir yo, se mantendría ocupado; aún no entiendo cómo es que el futbol me haría una “mejor persona”, pero esa es otra historia. Yo era muy pequeño, pero aún recuerdo el entusiasmo en la ciudad de Puebla debido al Mundial, en el radio se escuchaban la canciones de “México 86, un mundo unido por un balón” y la de “el equipo tricolor tiene mucho corazón y en la cancha lo demostrará”, recuerdo los

enormes globos aerostáticos de Camel, en la tv pasaban los comerciales de Coca Cola donde Hugo Sánchez dominaba el balón y por supuesto el de la cerveza Carta blanca en donde la chiquitibum movía su estrepitoso pecho de forma

melódica y porreril; sin embargo para mí lo importante era jugar futbol, ni el álbum de estampitas de los jugadores, ni la mascota Pique, ni el chutagol de CocaCola, provocaban en mí gran entusiasmo como a los otros niños, para mí, insisto, solo era, jugar al balompié.

El curso de futbol fue maravilloso, pude aprender nuevas técnicas, mejoré mi correr con el balón en los pies, y lo mejor, había decenas de partidos todo el tiempo, incluso terminando la hora del curso, hartos chamacos nos quedábamos en los campos del deportivo para seguir jugando y veíamos los partidos en la televisión de la cafetería, la cual estaba frente a las albercas.

Fue ese mítico año de 1986, a mis ocho años de edad, cuando la vida me dio una de las lecciones más importantes que aun llevo en el corazón. Uno de esos días futboleros, saliendo del juego, caminaba solo por la orilla del campo de futbol, acercándome hacia la zona de albercas, el tiempo se detuvo, un halo de luz celestial caía sobre la hermosa rubiecita de caireles, de cuyo nombre no quiero acordarme, se encontraba parada junto a la orilla de la piscina, portaba un traje de baño blanco, se disponía a lanzarse hacia el agua, y por alguna razón más allá de cualquier entendimiento, ella volteó hacia donde estaba yo, me miró, sonrió y después ejecutó su hermoso y espectacular clavado. Aún recuerdo la sensación nerviosa sobre las extremidades de mi cuerpecito de niño escuálido y caguengue. A partir de ese momento mi vida cambió, nunca una niña que me gustará me había siquiera mirado, hablado, mucho menos sonreído. Ahora ya no iba al Club Alpha 2 de la ciudad de Puebla por el futbol, ahora asistía por ver a la rubiecita de caireles, de cuyo nombre no quiero acordarme. Descubrí que la niña que me gustaba, a la que miraba durante los recreos mientras me ponía de portero, iba, al mismo club deportivo que yo, todos los días, a clases de natación y que después de su curso, se quedaba un rato más en la alberca a chapotear con sus amigas. Comencé a pasar al lado de la piscina bajo cualquier pretexto, hacia el baño, a la cafetería o por lo que fuera. Al principio ella no lo notaba, pues pasaron como tres días sin que volteara, luego en alguna ocasión me vio, alzó su manita en señal de saludo y siguió con su proceder acuático. Finalmente me di por vencido, dejé de pasar por la piscina y seguí jugando futbol, el gran Hugo Sánchez, pichichi de la liga española, había fallado un penalti contra Paraguay, en los juegos con mis amigos, yo seguía siendo Paul Moreno, aunque no estuviera en la selección.

Todo era perfecto en la vida de ese pequeño Rodrigo de ocho años, incluso comencé a jugar basquetbol en el gimnasio del deportivo con las hermanas de un compañero del curso, las albercas habían desaparecido de mi infantil horizonte. Un día como a las 6 de la tarde cuando esperaba a mi madre en la entrada del deportivo, una mano tocó mi espalda, volteé y la miré, era ella, la rubiecita de caireles, de cuyo nombre no quiero acordarme, me sonrió y de su hermosa boca salía: “¿dónde te has metido?, ya no te he visto”. Mi amigo Enrique Malacara recientemente me ha hecho hincapié en cómo los mexicanos hemos borrado de nuestra memoria la eliminación que sufrimos de manos de Estados Unidos en el Mundial 2002, y es verdad, solo recuerdo el cabezazo de Rafa Márquez a Cobi Jones y su consecuente expulsión, en ese momento todo México salió del campo con Rafa para nunca más recordar ese humillante día; así como ese horrible recuerdo nacional, se ha borrado de mi mente lo ocurrido después de ese día en que la hermosa rubiecita de caireles, de cuyo nombre no quiero acordarme me saludara a la salida del deportivo. Supongo que nos hicimos amigos, supongo que dejé de ir algunas veces al curso de futbol, supongo que incluso me atreví a meter a la alberca, aún con la enorme eventualidad de no saber nadar; el único recuerdo que tengo es de verme a mí mismo, como en una especie de sueño, un domingo sentado en una silla de la cafetería, viendo a Maradona meter gol con la mano, sólo eso y mi alma hundida en el fondo de la piscina del Club Alpha 2 de la ciudad de Puebla.

Años después, a mis 17 primaveras, mi madre me llevó a terapia pues sufría yo de una enorme dificultad para poderme relacionar con las niñas bonitas, cuando alguna se me acercaba, me quedaba mudo y sin poderme mover. En terapia, bajo la hipnosis del loquero ese, me recordé un domingo de mi infancia, en la piscina del Club Alpha 2 de la ciudad de Puebla, chapoteando, inmensamente feliz, platicando con la hermosa rubiecita de caireles, de cuyo nombre no quiero acordarme, con ella, sus amigas y otros niños, ella me daba un beso en el cachete y me preguntaba si podía acompañarla al baño o a no sé qué lugar, ella saliendo de la piscina, no por la escalera, sino poniendo sus manos en la orilla para luego impulsarse y salir del agua, recordé al niño Rodrigo de ocho años haciendo lo mismo, poniendo las manos sobre la orilla para luego de un pequeño salto impulsarse para salir, recuerdo haberlo hecho, salir de la alberca, saliendo yo, pero mi short de futbol con el pequeño calzoncillo blanco quedándose adentro del agua, después todo blanco, vacío.

México 86 fue un gran mundial, México fue eliminado en penaltis por Alemania, la venganza llegó con Argentina, quien ganó la final a los teutones, Maradona hizo verdadera poesía futbolera sobre el césped del Estadio Azteca; ese año perdí toda la vergüenza que pueda tener un niño de ocho años y ese mismo año comenzó mi amor incondicional por el futbol, ese mismo año comenzó mi pulsión por las rubiecitas de caireles.

México 86 y el gol de Miguel Negrete

por: Mayra Aguirre Sánchez

Uno pudiera pensar que nuestra memoria casi no recuerda nada de nuestros primeros años de vida. De hecho hay estudios que revelan que los primeros

recuerdos son a partir de los 3 años de edad, no lo sé, yo a veces recuerdo cosas de más pequeña o tal vez solo refuerzo esos recuerdos con las fotografías que hay en mi casa desde que era bebé. Los primeros recuerdos de mi vida son de cuando iba a la playa desde muy chiquita con mis papás. Vivíamos en San Rafael Veracruz, lugar en el que yo nací, e íbamos cada domingo a la playa, era bellissimo.

Los otros recuerdos primerizos, de cuando era niña, son de fútbol. Sí, el fútbol había llegado a mi casa en forma de mundial.

Era 1986 y México era el anfitrión de la copa del mundo “México 86”. Yo tenía tan solo 5 de edad estoy casi segura de que los primeros recuerdos y acercamientos que yo tengo al fútbol fueron del ese mundial.

Vivíamos en Veracruz solo mis padres y yo. Todavía no nacían mis hermanos y mis padres tenían a toda su familia en Atlixco, Puebla. Prácticamente estábamos solos los 3 en San Rafa, así que los primeros 6 años de infancia los recuerdo solo con ellos y con algunos amigos que tenía que eran mis vecinos, curiosamente no eran niños (jaja no), eran adultos. Trabajaban en la fábrica de hielo en el lugar en dónde vivíamos. Los recuerdo con mucho cariño. Jugaban conmigo en las tardes y, a veces me metían a la cámara de hielo a raspar las paredes con una maquinita para hacer raspados y salir solo a ponerle jarabe de grosella, para disfrutarlo.

Estando prácticamente con mi mamá todo el día antes de que entrara a la escuela, hacíamos todo juntas. Era mi amiga de tiempo completo. Jugaba conmigo mientras hacía las labores del hogar. Íbamos al mercado, al trabajo de mi papá, hacíamos la comida y veíamos la televisión, veíamos de todo lo que pasaba en esos tiempos en los canales abiertos, pero lo que más recuerdo disfrutar de ver la televisión con mi mamá eran dos cosas, la primera era ver películas de terror y la segunda, ver los partidos de fútbol. Mi mamá me decía que cuando más pequeña al gol le decía “golata” jajaja. Nunca supimos porque les llamaba así a los goles pero bueno, siempre fue el chiste familiar recordado por tradición; ese bullying familiar que siempre sale en las reuniones familiares al recordar anécdotas de cuando éramos bebés, en fin.

Como les decía, era 1986 y la fiebre futbolera estaba a tope por el mundial, recuerdo que la mascota de ese mundial era “Pique” un chile jalapeño verde con bigote y un sombrero de charro enorme. Había de todo tipo de artículos, llaveros, balones, plumas, yoyos, encendedores, ceniceros, etc. Pero lo más me gustaba

a mí eran unos plumones que estaban increíbles, venían en la forma de la cabeza de Pique junto con el sombrero de charro, les quitabas el sombrero y salía la punta del plumón, les repito ¡Estaban increíbles! Los usaba siempre para todo, eran mis favoritos, aún estando ya secos sin tinta los conserve por mucho tiempo hasta que en alguna mudanza alguien los tiró a la basura. Recuerdo también con claridad el tema “México 86, México 86...” que en realidad creo que no decía nada más pero recuerdo esa tonada. Recuerdo los comerciales que pasaban en la televisión, de la cerveza Carta Blanca, vi nacer a “La Chiquitibum” y “La ola” que viene del comercial de “La Ola Coca Cola” y se veía impresionante como la gente la hacía en el Estadio Azteca, al menos en la tele en esos tiempos se veía impresionante, en la actualidad se sigue viendo padrísimo en los estadios de fútbol y hasta en los conciertos previo al show.

Como les decía ahí estábamos mi mamá viendo los partidos del mundial, ahí conocí a Maradona y a la mano de dios, al gran Hugo Sánchez y Miguel Negrete. Estábamos viendo el partido, México iba ganando 1-0 a Bulgaria, mi mamá estaba emocionadísima. Recuerdo que hizo palomita para ver el partido, ya ubicaba a Hugo Sánchez porque era la gran estrella del fútbol por sus goles de chilena, entonces a esa edad yo solo podía ubicar a uno solo de cada equipo, de México lo ubicaba a él y a Javier Aguirre porque ese también es mi apellido, estaba pendiente a lo que Hugo hacía, la jugada se hacía cada vez más emocionante con la narración del partido:

“Aguirre para Hugo, Hugo intenta darse la vuelta, Hugo se cae con la pierna izquierda, le robaron el esférico hasta que toca otra vez, Amador, Negrete bien, NEGRETE, el tiro ¡GOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOL! ¡SOVERBIO GOL DE MANUEL NEGRETE!”

En ese momento mi mamá y yo brincamos de alegría “¡Gol de México mijita!” me decía mi mamá súper contenta, yo también estaba feliz, habíamos visto un golazo, el golazo de Manuel Negrete.

Las imágenes en la televisión de todo el público brincando y abrazándose, las banderas de México ondeándose y en mi casa mamá y yo brincando de alegría. ¿Qué iba yo a saber en ese entonces de la importancia del 4to y 5to partido?

¿Qué iba yo a saber en este entonces que ese momento era importantísimo para la Selección Nacional que con ese gol estaba calificando al tan anhelado 5to. Partido?

¿Qué iba yo a saber que mi mamá en ese entonces estaba feliz por tener la esperanza de que México fuera campeón del mundo?

No sabía nada, lo único que sabía era que México estaba ganando, que el fútbol era increíble y que estábamos felices con ese gol.

¡Gol de México, gol de Manuel Negrete!

Después de eso, ya no recuerdo muy bien qué fue lo que pasó. Seguimos viendo el mundial y con México fuera, mi mamá apoyaba a Brasil, siempre fue su segunda selección favorita de fútbol. Vimos a Maradona y esos goles tan increíbles. El mundial terminó y mi mamá me explicó que se hacían cada 4 años y pues claro, eso era para mí una eternidad.

Lo sigue en la actualidad, al menos para mí. Pero cada 4 años sigo esperando la copa del mundo con esa gran ilusión. No me había puesto a pensar que cada mundial lo veía con mi madre, siempre viendo los partidos de México pero enojadas por verlos perder, pero siempre ahí. También recuerdo que en el mundial de Corea me dio dinero para que me comprara la playera de la Selección, que en ese entonces el D.T. Javier Aguirre. Sí, ese mismo que recordaba que jugaba en México 86 ahora era el Director Técnico. Al final no recuerdo porque no me compré la playera, pero mi mamá sabía lo mucho que gusta el fútbol.

Ahora este mundial será diferente. Rusia 2018 no lo podré ver en compañía de mi madre porque se ha ido, pero estoy segura de que desde el cielo estará bien pendiente de los partidos de México.

Si ganan estará feliz y si no ya la escucho diciendo “Son unos pendejos, yo no sé a qué van, mejor ni hubieran ido, puras vergüenzas con estos, por eso ahora le voy a Brasil”.

Ay mi jefa, siempre esperanzada con ver a México campeón... Pero bueno, ojalá que algún día suceda.

Mientras tanto esta crónica no futbolera se la dedico a ella.

Gracias mamá por ver el fútbol conmigo y pasar tan buenos momentos viendo el mundial.

Alemania 2006: El mundial, mi mundial

por: Ana Cristina Guarneros Lezama

Los nacidos en los años 90 deben ser los más privilegiados, es lo que pienso una y otra vez. Viene a mi memoria que los niños de esa época fuimos muy felices al disfrutar varias Copas del mundo durante nuestra estancia escolar, quizá primaria o secundaria para los nacidos más temprano. Todo esto me hace volar a más de 9.400 kilómetros de distancia, es decir, hasta Alemania en la décimo octava edición del Mundial, en 2006.

Recuerdo esos días con gran cariño. Fue la primera vez que me acerqué al deporte que en la actualidad me da empleo y muchas satisfacciones. Tenía 12 años y cursaba el sexto grado de primaria. Para ese entonces todo era aventura, juego y diversión; no tenía la más mínima idea de lo que significaba el fútbol, ni cuáles eran sus reglas y mucho menos que cada cuatro años se celebrara un evento de tal magnitud.

Vengo de una familia no tan pambolera. Me criaron alrededor de muñecas y cuentos de hadas, como a la mayoría de niñas en este país. El balompié nunca fue importante en mi crecimiento. Todo eso comenzó a cambiar durante Alemania 2006, un año de transición para los mexicanos; año electoral a nivel federal, después de la primera alternancia y de una supuesta ‘trampa’ en las votaciones en contra del candidato Andrés Manuel López Obrador (quien diría que hoy en 2018 estaríamos nuevamente en temporada de elecciones presidenciales y que el opositor quien reclamó ‘fraude’, ahora es el candidato que las encuestas señalan como mejor posicionado ante el electorado; además de ser año de Mundial en donde Rusia recibirá a los 32 países calificados para esta gran competencia).

Todos esos cambios me recuerdan a mí en ese momento. Fue un miércoles 21 de junio, en el estadio Veltins, en la ciudad de Gelsenkirchen, Alemania. Ese día albergó la primera fase de grupos del mundial en donde México enfrentó a Portugal con una derrota de dos a uno. El encuentro se desarrolló en un horario en donde todavía permanecía en el aula rogando al cielo para que las clases se terminaran lo más pronto y pudiera irme a casa para jugar. Por mi mente nunca cruzó la idea de que la selección nacional estuviera en Alemania y mucho menos que mis compañeros pidieran a gritos que nos dejaran ver el juego. Es por eso que pienso que los nacidos en los 90 somos privilegiados, pues ya existían televisores en algunas escuelas, el acceso era algo sencillo para colocarlos en los salones y poder utilizarlos para ‘el aprendizaje’, aunque en este caso fuera para algo recreativo.

pelota. Al principio no entendía nada y preguntaba todo, pero eso siempre interesada pues la mayoría del salón permanecía atento a cada movimiento de las estrellas nacionales como Pardo, Bravo o el mismo Oswaldo Sánchez. Se preguntarán cómo, si no me importaba el futbol, me sentaba a ver un partido, pues muy sencillo a esa edad buscamos crear una identidad y personalidad lo que te hace hacer lo que la mayoría hace, en este caso mirar el futbol, quieres “encajar” en el círculo ‘famoso’, por decirle de alguna forma. La realidad se terminó pronto, pues al concluir el partido y tras la derrota de los verdes, la profesora se dispuso a continuar las clases. Así que cogimos nuestras mochilas y comenzamos a estudiar matemáticas, abandonando de primera intención aquella televisión que se convertiría en nuestra amiga por varios días. Esa tarde regresé con mi mamá a la casa, le comenté lo que había experimentado y estoy segura que ella notó mi entusiasmo al conocer algo nuevo e interesante para mí. Le dije que ‘le iba’ a la selección mexicana y que seguro ganaríamos el mundial, frase de la cual mi hermano mayor se burló y no comentó más (¡ja! con los años entendería a qué se refería con su risa).

A pesar de que México había perdido, mi hermano me explicó que avanzaría a los octavos de final, pues calificó como segundo lugar con una victoria frente a Irán, un empate con Angola y la derrota frente a los portugueses. Siendo así, me convencí de que debía portar los colores nacionales para apoyar al que había adoptado como mi equipo, y les pedí encarecidamente a mis papás que me compraran una playera. Días más tarde mi mamá me llevó a escoger una camiseta, aunque claro no era original, en la mayoría de hogares mexicanos los salarios no son tan altos como para darse ciertos ‘lujos’. No me importó qué calidad tenía la tela o cualquier otro por menor, simplemente quería vestir algo de verde, que indicara que apoyaba a la selección mexicana.

El partido esperado llegó. Sábado 24 de junio de 2006, estadio Red Bull en la ciudad de Leipzig. México visitaría a la selección albiceleste, Argentina. Es curioso, pero hasta ese momento me percaté que la ciudad, y no dudo que el país entero, se paralizó un par de horas. Todo lucía muy colorido.

Las entradas de los bares y restaurantes vestían verde, blanco y rojo; los puestos estaban atiborrados de cornetas, pelucas y cualquier ‘chuchería’ con los colores de la bandera mexicana. Había pinta caritas en el zócalo, pantallas en los puntos emblemáticos de nuestra república y un sin fin de aficionados tricolores, tanto en las calles como en las casas, todos unidos para ver jugar a los nacionales. Miraba desde mi casa el previo al juego. Había comida comprada, pues

ese día no se cocinaría; pollo asado del que no es triste sino todo lo contrario, refresco de cola, papitas fritas, palomitas y algunos bocadillos que preparamos a tiempo para que nadie tuviera que despegarse del sillón. Como buena aficionada que me había convertido, ya tenía puesta mi playera y estaba a primera fila para ver el protocolo de inicio. Aprendí mucho de ese juego. Mi papá y mi hermano me explicaron el porqué de todo; el himno de la FIFA, las banderas, los himnos nacionales, etc. Hablando de eso, aún siento en cada juego cómo vibra mi ser cuando escucho y entono el himno de México; esa sensación que te eriza la piel y te hace sentir más patriota que nunca.

El partido arrancó. Los tricolores alinearon a los mejores como Jared Borgetti, Rafael Márquez, Carlos Salcido, Ramón Morales, entre otros. El país estaba eufórico, aunque algunos aficionados aún cuestionaban que el Director Técnico de los mexicanos fuera un argentino, pero a la hora de la hora era lo que menos importaba. Y por fin el grito estalló... ¡Goooooooooool!, temprano, muy temprano Rafael Márquez abrió el marcador uno a cero para los mexicanos. Todos gritamos, desde Baja California hasta Mérida y en mi casa, con apenas seis minutos lo imposible se veía posible. México ganaba parcialmente a los vecinos latinos. Pero no todo puede ser tan bello, y los argentinos ya con dos Copas mundiales ganadas, tenían que hacer de las suyas y empatar el juego con gol otorgado a Hernán Crespo tan sólo con cuatro minutos de diferencia entre el gol mexicano. Y así continuó el juego hasta los minutos agregados del segundo lapso en donde Maxi Rodríguez anotó un golazo, para poner a la albiceleste dos a cero y derrotar a nuestros compatriotas.

Triste, triste el país, tristes los aficionados y triste yo, que apenas conocía las mieles del pambol y, ahora, tan pronto conocía la derrota. Podría decir que en tan pocos juegos había conocido el amor a este deporte y el amor hacia un equipo que nos representa como nación. Todo terminó. Obviamente el mundial continuaría hasta ver coronarse a Italia al vencer 53 a Francia, con tiros desde el punto penal. Pero para nuestro México todo había concluido, y ¿para mí? Para mí también había concluido, pero únicamente el mundial. El amor al fútbol y el amor a los representantes nacionales había nacido, estaba creciendo y se iba a consolidar a través del tiempo (tal vez hasta que me muera), porque descubrir la pasión hacia algo o alguien, es lo más hermoso que nos puede suceder.

22

Noventa minutos y ya

por: María Angélica Martínez Vargas

Una fotografía amarillenta muestra a un equipo de fútbol llamado Los Ángeles de Puebla. Al centro, estoy yo como la mascota. Era dirigido por mi abuela materna y en el jugaban mis primos y los vecinos. Tenía un año de edad. Justo en esos años, 1989-1990, el Puebla FC se había coronado como Campeón de Liga por segunda ocasión, bajo el mando de Manuel Lapuente. En ese segundo campeonato mi

mamá, mis tías y mis primos fueron al zócalo de la ciudad a festejar con el equipo, donde un gran cantidad de aficionados se habían dado cita.

En esa etapa de mi infancia, todavía me tocaron los partidos de fútbol llanero en campos despoblados en medio del paisaje urbano. Aún había espacios verdes y de terracería, porque los fraccionamientos y las colonias no habían invadido la ciudad. No había sobrepoblación y los niños jugábamos al aire libre. Todos los domingos se llevaban a cabo los partidos de la liga infantil. Mi mamá, mis tías y mi abuela se encargaban de la porra. Llegaban a apoyar al “Peñarol” con sus blusas amarillas, pancartas y pompones hechos con rafia. Al finalizar el partido ya estaba servida la comida. Cada integrante de la familia llevaba un platillo para compartir. El plato estaba rebosante de arroz, huevo cocido, salsa de chicharrón y mole con pollo.

Los años pasaron y ya no había más partidos de fútbol. Los niños de esos tiempos ya eran adultos, con más responsabilidades que las de correr tras un balón para anotar un gol.

Sin embargo, el fútbol sigue presente en mi vida de alguna manera. Los partidos se han convertido en el pretexto perfecto para los momentos padre e hija. Cuando llega el día, nos ponemos nuestra playera y nos lanzamos a la aventura, porque sí, es toda una travesía. Algunas veces tuvimos que correr bajo la lluvia, cruzar un puente improvisado que utilizaban los albañiles y que se veía tan frágil, que nos hacía dudar de su seguridad. Siempre hay que correr para alcanzar el camión que circula sobre la autopista Puebla-Orizaba, y así llegar al estadio.

Hay un partido que recuerdo muy bien: la primera vez que jugaron Puebla FC y Lobos BUAP, en un torneo de la primera división. Fue un viernes en la tarde. Mi papá y yo pactamos encontrarnos en la casa después del trabajo. Desde temprano agarré mi jersey rojo de los lobos y fui a trabajar. Le presumí a Jaime, mi jefe y pambolero de corazón, que iría al partido. Yo sabía que Jaime vería el juego y los resúmenes en la computadora del local; es un apasionado del fútbol que adopta un papel serio y solemne al analizar las jugadas, pero grita, se emociona, gruñe, desapruueba las faltas, aplaude y vitorea los goles cuando está en modo fanático.

23

Ese viernes haría ese ritual. Terminó mi horario laboral, tomé mis cosas y me despedí con la promesa de platicar sobre el resultado del partido.

En la esquina me topé con Carlos, mi antiguo amor, quien me invitó a dejar unos vinilos a su casa, tuve que rechazar la oferta porque mi padre ya me esperaba -¡Chin! Ya se me hizo tarde. Te veo el lunes ¿Va?-, le di un beso de despedida y corrí a tomar el camión. Llegué tarde y mis padres me esperaban molestos en la entrada. Dejé mis cosas y corrimos a tomar un taxi. El señor taxista ideó la ruta más rápida para llegar al estadio, no funcionó, el tráfico era intenso y

nos quedamos varados un largo rato. A diez minutos de comenzar el partido, de los demás autos comenzaron a descender los aficionados. Seguimos su ejemplo. Pagamos el taxi y nos despedimos del taxista con algo de culpa porque no sabíamos cuándo podría salir de ahí. Corrimos varias calles hasta llegar al estadio que ya se erigía como un gran monstruo, vivo por las porras que ya surgían en su interior.

Buscamos el acceso y una larga fila nos hizo pensar que no veríamos el inicio del partido. El estadio rugió con fuerza, había comenzado el encuentro. La fila avanzó rápido y salimos disparados a las rampas. Una, dos, tres... Nos detuvimos a tomar aire. Éramos fanáticos, no practicantes del deporte. Con más calma llegamos a las rampas, nos gustaba más estar detrás de porterías, con la porra o sin la porra.

El fenómeno de las porras era algo común en mi colonia. De ese lugar eran oriundos Los Malkriados. Era usual ver camiones del transporte público con sus integrantes en el techo y lanzando confeti hecho con periódicos recortados. Las calles de la colonia estaban pintadas de azul y blanco; había murales con los jugadores más importantes de la historia del Puebla FC.

Desde rampas no se veía mal y el ambiente era el mismo, aunque los vendedores de cemitas y cerveza parecían no llegar hasta nuestros aposentos.

Una señora con voz aguda gritaba “¡Vamos muchachos!”; era como una directora técnica, gritaba indicaciones y vivía cada jugada como si estuviera en el campo de juego.

Una pareja mordió su cemita rellena de pápalo, jamón, papas, quesillo y cebolla y se dió un apasionado beso. Un señor profería insultos y se levantaba de su asiento para gritar más alto. Las porras cada vez más fuertes para ambos equipos, los aficionados al borde de sus asientos. ¡Pitazo final! Caminamos a la salida donde ya nos esperaban las cemitas (al dos por uno) y los souvenirs. El estrés se había quedado atrapado en el estadio. Más que recordar los resultados y los partidos, recuerdo el rito que hay alrededor, el microuniverso que dura noventa minutos, ese que se forma a nivel mundial cada 4 años.

Simplemente porque creo en el Futbol

por: Karla Denisse Casas Cruz

México, lindo y querido. ¿Qué sería de nuestro país sin ese deporte que paraliza a muchos y nos tiene idiotizados, observando a 2 equipos que corren detrás de un balón? Sin importar que sea el partido más clásico o el duelo más molero. El fútbol corre en cada rincón: desde los hogares viéndolo por la televisión, las calles, los llanos, los campos improvisados, o en el estadio; el mexicano tiene ADN futbolero.

Pero aunque uno sea mexicano y vea los partidos desde casa o asista al recinto futbolero ¿es “obligatorio” apoyar a la selección de nuestro país, en cada encuentro?

Cada cuatro años a todos nos da la “fiebre futbolera”. Hacemos reuniones caseras, asistimos a bares o incluso las oficinas y escuelas se contagian por esta “enfermedad”; pero eso no significa que tengamos que apoyar en cada partido a nuestros seleccionados mexicanos.

Es cansado ver que la gente use la camiseta, se pinten la cara tricolor, usen matracas y un sin fin de accesorios, para alentar a 11 elementos en la cancha para que nos regalen felicidad. Es molesto que la gente se desgarré las vestiduras por los goles errados, por las faltas no sancionadas, por los penales sin marcar, por las tarjetas injustificadas, por las derrotas, por la triste y dura eliminación. Es fastidioso cuando la emoción corre por la sangre y exista esperanza en un duelo que parece complicado, anhelando el triunfo, prendiendo veladoras y rezando (sin saber hacerlo) a las deidades celestiales y así obtener la conquista que llene ese hueco en el cuerpo.

Es incómodo el momento en donde los nervios invaden el cuerpo, las uñas de las manos se consuman a cada mordida, el corazón latiendo furiosamente, un desgaste emocional en cada segundo que pasa cuando el panorama no es del todo claro.

Es abrumador ese instante en donde la garganta estalla en ese grito que esperó por tanto tiempo, ese estrés sobre los hombros que por fin logró liberarse, ese tiempo esperado por propios y extraños, fusionándose entre abrazos, chiflidos, aplausos y algarabía a nuestro alrededor. Es irritante ver que en cada hazaña se vuelquen a las calles, ver banderas por todos lados, ver gente saltar de júbilo, haciendo fiesta en los monumentos más emblemáticos de la nación y sentirse más mexicanos que el nopal. Sí, soy de esas que no siente la emoción del mexicano común por su selección en cada justa mundialista, de esas que no ven el duelo tronándose los dedos, con esa esperanza del milagro de la victoria, no soy de esas que use una playera verde y sombrero en cada encuentro.

Pero en el fondo sí, creo en esos jugadores que representan a México para que nos den unos instantes de satisfacción, que nos hacen olvidarnos de las penas cotidianas. Sé que le pueden demostrar al mundo de qué están hechos y escribir una historia fabulosa, que se cuente con orgullo y admiración.

Porque existe un amor a la patria y sus colores, confío en que dejen el alma sobre el terreno de batalla, para contar sin parar esa gloria nacional, en donde sus nombres quedarán grabados en la posteridad. Sí, simplemente porque creo en el fútbol.

Los feos

por: Héctor Francisco González Fernández

Desde que tengo conciencia, he estado rodeado de futbol. Mi papá, mi abuelo, mis tíos jugaban, nunca fueron unos cracks y mucho menos atléticos, de ahí entendí que para patear el balón no necesitas estar fuerte, depilado o guapo, con que te guste basta.

¿A dónde voy con esto? A que los feos hemos sido desplazados del futbol. Parece que ahora, para patear un balón, aparte de tener talento, debes ser guapo o aparentarlo. Lejos quedaron los gorditos como Mohamed, Iván René Valenciano o el “Pastor” Lozano; los güeros de estética, léase “Piojo” Herrera o el “Pibe” Valderrama; la mata larga estilo René Higuita o el corte tipo Los Temerarios, como el que se cargaba el “Picas” Becerril o “Coreano” Rivera.

En Italia 90 (primer mundial que recuerdo bien), los feos eran la sensación. René Higuita atajaba todo lo que le ponían. Su melena ondeaba al ritmo de sus fintas a los rivales. Pura fiesta hasta que Roger Milla, otro del club del que hablamos, le puso el pie, le quitó el balón y metió el gol. Higuita voló de vuelta a Colombia.

En Estados Unidos 94, otro desprotegido por la naturaleza imponía condiciones en la media brasileña, Dunga. Corte estilo militar, cara de mala suerte, se dedicaba a dar patadas a todo aquel rival que se quisiera poner guapo o elegante. Llegó a la final, se cansó de darle karatazo a Baggio y salió campeón. Nadie lo recuerda porque estaban Romario y Bebeto.

En Francia 98, otro del club hizo que los mexicanos soñáramos. Luis Hernández anotó goles por doquier; a Holanda, a Corea y Alemania. Peculiar rubio oxigenado y pelo largo, cual Barbie pirata. No dabas nada por él, pero, en mancuerna con Blanco, volvieron locos a cuanto rival. Eran dos feos al ataque que hacían que la mitad del país los viera guapos.

Los feos hemos poblado el mundo y el futbol mucho antes de que se volviera tan visto, e incluso somos más los que nos identificamos con ellos. No nos depilamos, no pasamos tres horas en el gimnasio, pero igual nos emocionamos cuando metemos un gol o cuando la suerte nos sonrío y la pelota bota a nuestro favor.

Mundialista.

por: Ángel Oropeza Sánchez

¿Sábado o domingo? No recuerdo el día exacto, pienso que tal vez no es importante. Había una decisión clave que tomar: asistir a la última regularización de matemáticas, para poder aprobar mi examen de admisión a la universidad o quedarme a ver el partido de México contra Holanda. La decisión está tomada (o mis papás la habían tomado por mí), estaba destinado a ver únicamente el resultado final. Sin embargo, seguí el partido como si estuviera sentado en la sala de mi casa. Las estaciones de radio estaban a tope con las previas, las posibles alineaciones titulares, el clima, el estadio, etc.

En la prueba final ninguno de los estudiantes estaba concentrado en el examen, todos seguían el partido y los resultados a través de sus teléfonos celulares. El profesor clandestinamente hizo el trato con decirnos cada diez minutos el resultado parcial; fiel a su pasión, nos comentaba las llegadas, las faltas, las tarjetas y hasta los tiros de esquina.

Asombrosamente, la prueba final del examen de matemáticas terminó una hora antes de lo planeado. Era obvio que todos estaban ansiosos por mirar el segundo tiempo del partido, de cualquier forma y en cualquier lugar. Para mí mala fortuna, yo no era uno de ellos, pues tenía que regresar a casa y el recorrido era de aproximadamente de 40 a 45 minutos. No te imaginas que el transporte público puede ser tan buen escenario para vivir y compartir un partido mundialista. Cabe señalar que es increíble la capacidad narrativa que tienen los comentaristas, mantienen un hilo conductor en la que te imaginas cada jugada como si la estuvieras viendo por el televisor.

El gol sorpresivo de Giovanni Dos Santos dejó liberar toda la tensión acumulada, se cantó y se gritó como pocas veces. Minutos después del gol y la euforia, la desvelada de la noche anterior, el estrés del examen de matemáticas, sumadas a la tensión, el tráfico y el calor; hicieron que cayera en un profundo sueño y despertar poco antes de bajarme del camión. La deliciosa siesta me impidió continuar escuchando la crónica del partido.

Aún adormilado pude notar que el partido había concluido, la gente aún comentaba entre sí sus emociones. Inocentemente caminé la cuadra restante a mi casa imaginando a México enfrentando a Costa Rica en los cuartos de final, en el tan ansiado y deseado quinto partido. Al llegar a casa prendí la televisión, pues sabía que el resumen final iba a estar en cualquier canal deportivo. No podía creer lo que estaba viendo. Había sucedido. Una de las potencias, pero la frustración era evidente. No había nada que hacer, más que esperar cuatro años más para otro sueño mundialista.

por: Julia Iturbe Alarcón

12 de julio de 1998, St. Denis, Francia.

Coloca al centro, Petit, Zidane. GOOOL. Pareciera como un recuerdo, tal vez el primero que tuve alguna vez. Es como si, desde el primer instante de mi existencia, mi destino se hubiera dibujado.

27 de junio de 2010, Johannesburgo, Sudáfrica.

Después de 71 minutos de desesperanza, 30 vs Argentina. La tiene Giovani, la dejo para quién, para Torrado, Torrado, Chicharito, Chicharito, GOL, Gol de México. Mi papá y sus amigos saltan de sus asientos, riegan la cerveza por toda la sala, las frituras por el piso, mi perro chihuahua Solovino disfruta el festín. No lo entiendo, el 31 aún es perder. Mi papá dice “Pero es perder con orgullo”, mis tíos concuerdan, se abrazan, dudo en si es la emoción del gol o el alcohol en sus cuerpos.

30 de junio de 2010, Tlaxcala, México.

El veterinario dice “Acidosis metabólica”, yo escucho “tu estúpido perro chihuahua bebió demasiado”. Mi papá se acerca, me abraza, intenta consolarme. ¿Cómo se atreve? Si no fuera por él y sus amigotes mi perro estaría vivo. “Si no fuera por el futbol, tú no estarías vivo” me dice.

Francia, 29 de junio de 1998, México vs Alemania.

Mi papá, mi mamá, un partido de futbol en casa de un amigo en común. PUM. Odio el futbol. Qué tiene de interesante ver a veintidós personas correr de un lado a otro persiguiendo un balón. Peor aún, qué tiene de interesante hacerse el intelectual del futbol. “Pinche portero”, “pinche árbitro”, “pinche directiva”, PINCHES TODOS. Sus comentarios se limitan a sus nulos conocimientos del futbol. Pinche yo, por conocer el nombre de cada jugador, cada director técnico, cada fecha importante. Todo lo malo que me ha pasado en la vida, tiene que ver con el futbol.

17 de junio de 2002, Jeonju, China.

Viene Donovan, Donovan en la puntilla, GOL, gol de Estados Unidos. Nadie se mueve, apenas y respiran, el silencio parece no solo inundar mí casa, inunda la calle, la colonia, el país tal vez. Mi mamá se inclina desde el respaldo del sillón y besa a mi papá en la coronilla, se aleja. Mi papá suspira, se acerca y me dice “vas a tener un hermanito”.

9 de junio de 2006, Tlaxcala, México.

Yo no quería, pero por supuesto que nunca me pidieron mi opinión. Mi hermano y yo fuimos inscritos a la liga infantil de futbol de mi colonia. Todos los niños parecían muy buenos, corrían de un lado a otro, se la pasaban, burlaban, tiraban a gol. Todo

era muy confuso, no era parecido a la tele, no sabía donde estaba el balón, mi corazón palpitaba muy rápido, el sudor escurría en mi cara, no podía ver. No

podía ver. Todo se vuelve borroso, los niños corren hacia mí curiosos, los padres gritan. Todo se vuelve negro.

9 de junio de 2006, Tlaxcala, México.

Los colores vuelven, abro los ojos, mi mamá está parada junto a la camilla, mi papá ve a la televisión del cuarto, cambia los canales sin ver. El doctor dijo “arritmia cardiaca” pero mi papá escuchó “su hijo nunca podrá ser futbolista”.

24 de junio de 2006, Leipzig, Alemania.

Esperan ya cinco, los observa usted en pantalla dentro del área, Pavel Pardo va a cobrar la pelota que viaja, solo, GOL, GOOOOL, gol de Márquez. Todos se levantan, gritan, aplauden y se vuelven a sentar. Mi hermano ocupa mi lugar junto a mi padre en el sillón.

29 de junio de 2014, Fortaleza, Brasil

Rebote para Giovani, va contra Blind, disparo, GOL. Escucho las palabras en mi cabeza, en los hospitales las televisiones no tienen volumen, no dejan poner el futbol porque la gente se altera. Lo que las enfermeras no saben es que esas reglas no aplican en mi casa. “Ya no veas al futbol, tú sabes lo que te puede hacer un disgusto” me dicen en tono maternal. Yo escucho “causa de muerte: ver el futbol”. Me parece gracioso, vivir una vida odiando el futbol, y aun así verlo hasta el último día.

15 de Julio de 2018, Moscú, Rusia.

Hay cosas que nos parecen imposibles hasta que pasan. Vela. O tal vez nos gusta vivir en la certeza de que nunca pasarán. Ahí está el centro. Pero eso no quiere decir que nuestra mente, o el corazón o lo que sea. Define el centro. No deseé que pase. Hernández. Parece increíble que algo como el futbol. Hernández. Pueda alimentar tanto a esa esperanza. GOL. Las enfermeras dicen “el desfibrilador, traigan el desfibrilador” pero yo solo escucho. GOOOOOOOOOOL.

Alemania 2006 a Brasil 2014 y como el amor fue surgiendo *Por: Verónica Juárez*

“¿Cómo es que te puede gustar el fútbol si eres mujer?” – Esa era la pregunta que la mayoría de las personas me hacían siendo 2006. Apenas tenía 10 años y el calor del fútbol se sentía en todo mi cuerpo. Aunque las personas dijeran “tú no entiendes ni siquiera qué es un tiro penal”, yo hacía oídos sordos en cada partido. Se jugaba el mundial en Alemania y yo tenía un favorito: Francia, porque cuando conocí la elegancia de Zidane, siendo jugador merengue del poderoso Real Madrid, dije: ¡esto es fútbol!

¿De dónde me gusta el fútbol si a nadie de mi familia le gusta? – Esa era otra pregunta a la que tenía que darle una respuesta, porque al parecer, el amor al fútbol se trae en los genes y no tenía idea de la confirmación de mi ADN. Así que, durante ese mundial me limité a ver los partidos de la Selección Mexicana que eran los únicos partidos que veía el jefe de la casa en la pantalla grande, y claro, la gloriosa final. No veía los otros partidos porque “¡qué hueva otra vez fútbol!”, decían Clara y Ada, mis hermanas mayores.

En una familia tradicional mexicana, ser una niña y decir que te gusta el fútbol, no era algo más que moda. La fiebre del mundial pegaba como gripe estacional cada cuatro años, así que yo solo estaba en ese trance. No podía alegar nada, porque la autoridad absoluta del jefe de la casa impone, y no hay que salirnos del renglón establecido con todo y los estándares con los que uno carga incluso en la gestación.

-Papá, hoy es la final. – le dije para que no olvidara que mi estrella Zidane estaba a punto de ser campeón contra Italia.

- Ah, es verdad. Pues vamos a ver, yo le voy a Italia.

Durante 90 minutos podía ser sólo yo dirigiendo el partido a base de gritos sin que nada me importara. O al menos eso es lo que intentaba, pero ¿cómo una señorita va a estar gritando en la sala de la casa a la pantalla? Eso no va, así que no lo hagas, niña. Y me tenía que conformar con hacer bulla en mi cabeza. Gritar en silencio. Así había aprendido a hacerlo siempre. Porque “calladita me veo más bonita” o eso es lo que se dice ¿No?

¡Cabezazo de Zidane a Materazzi! En el preciso momento en el que me levanto en el punto de emoción más intensa del partido.

-¡Niña, ya le tiraste la cerveza a tu papá! Ahora anda a limpiar todo.

No chites, no discutas; ¿Qué más da perderse la ronda de penales, de la final del mundo, por cumplir con las órdenes de mujer? Así que hice lo que tenía que hacer: me levanté rapidísimo, puse un trapo sobre la chela derramada de mi papá y vi la ronda de penales de la gustada final en Alemania 2006.

jugamos con muñecas y los niños con balones. O al menos tenía que intentarlo por amor al fútbol.

Me sentía con ganas para el próximo mundial.

Cuatro años después, ya enamorada del fútbol Español y del Real Madrid, tenía la esperanza de que España ganara su primera estrella. Me levantaba todas las mañanas cantando en voz bajita “por la roja moriré, aunque no sea español”. Y digo “en voz bajita”, porque el tabú aún seguía presente no sólo en casa. Ahora con 14 años, me deberían gustar los niños y conocer a mi primer amor. Así que a la serie de preguntas nefastas se incluía una nueva: “A ti te gusta el fútbol porque te gustan los jugadores, ¿verdad?”

En mi locura mundialista, caminaba por la calle silbando la canción de España, y escuché esa misma canción en boca de alguien más. Un chico de unos 15 años, camisita y porte de galán que estaba caminando por la otra acera. Así conocí a Alan, quien me acompañó a mi casa ese día y los días siguientes, durante todo el mundial, compartíamos ideas de cómo alinear a la selección de España o porqué la selección Mexicana era tan mala; nunca estábamos de acuerdo, pero nuestra enorme coincidencia era el amor al Real Madrid y la pasión por el fútbol. Alan sabía que no me gustaba el fútbol por moda, que el origen de mi pasión iba más allá de lo familiar, que realmente amaba el fútbol, no la imagen de los jugadores. Él sabía todo eso sin si quiera conocer la preguntas que mi entorno social planteaba, cada que salía yo al tema cuando se hablaba de deporte. El me conocía y yo me enamoré.

Vimos juntos la final España vs Holanda. Con toda la fe puesta en “la roja”. Entre los roces de nuestras manos y un par de abrazos, disfrutamos del partido. Disfrutamos de 90 minutos siendo los mejores directores técnicos de sillón. Podía gritarle a la pantalla, maldecir y exclamar cuanto me naciera de mí ser pambolero. Estando con él, no tenía que resolver una sarta de preguntas estúpidas, no habían cuestiones de género. Éramos el y yo con el amor al balompié y un romance entretrejado.

Llegamos a los tiempos extra y la tensión se sentía en nuestra piel, tanto la del partido como la de nuestro mutuo afecto. Minuto 116, Don Andrés Iniesta marca el gol que le pone la estrella a España. Y al unísono grito de ¡GOL! Nuestros labios se encontraron. El primer beso con el amor de mi vida y mi gran pasión al fondo.

Ese gol fue para mí lo mejor de Sudáfrica 2010.

Estaba ansiosa por el siguiente mundial.

Era junio 2014 y la aventura del mundial de Brasil fue un compilado de alcohol y malas decisiones, junto con Alan. Un par de despedidas. Con 18 años y un grupo de buenos amigos, la euforia del fútbol se vivía sin preguntas absurdas entre nosotros. Pero, fuera de ese círculo, el estigma de “eres mujer y no entiendes de fútbol” seguía. Sólo que ahora me sentía con el apoyo suficiente para pasar de largo a esas cuestiones. Yo amaba el fútbol y sabía bien porqué.

En casa la tradición se mantenía. Mis padres se criaron en un núcleo tradicional y no podía luchar contra ello, sin embargo sabía a dónde no encaminar mi formación. Le regalé una playera de la selección mexicana, que había comprado con mi primer salario y la utilizó justo el día del partido México vs Holanda. La libertad de gritar “no era penal”, dejando atrás el “siéntate y cállate” que se me otorgaba por ser mujer, fue acompañado en esta ocasión por mi papá y mi mamá. A pesar de que me llamaran “eres el hijo hombre que no tuvimos” ellos empezaron a acompañarme en mi amor por el fútbol.

La condición de mujer mexicana que ama el fútbol, no impediría que siguiera con mi pasión. Y responder a las preguntas de la sociedad es mantener la senda y yo había decidido desde el 2006 romper ese esquema.

Los alemanes se llevaron la copa del mundo y vi a España en uno de sus peores momentos, pero me mantuve leal. Brasil 2014 me demostró que no había nada que le ganará a aquel mundial en Sudáfrica.

Despedí ese mundial y me mentalizaba para Rusia 2018. Sólo que esta vez, no estaba Alan, y así como mantenía la fe de la segunda estrella para España en 2018, así mantenía la esperanza en él.

Y aunque los tabúes seguían, éramos muchas más las mujeres y los hombres que habíamos roto de un modo u otro con el estándar de “las niñas a la cocina y los hombres a la cancha”. Resultaba que el romance también es para hombres y que la pasión también es para mujeres. Resultaba que el fútbol nos hacía más humanos.

La aventura Brasil 2014; con principios claros, amores perdidos y amigos ganados.

Ya estaba lista para el siguiente mundial.

Puto Zidane puerco, decían mis primos. Por la televisión pasaba nuevamente la escena: una cabeza sin cabello tomaba impulso y se dejaba caer en el pecho de un italiano llamado Materazzi. Qué bueno que lo expulsaron, continuaban diciendo. Sí, puto Zidane, pensé, pero puto pendejo. Ahora yo quedaba como el meco que le iba a Francia y no a Italia, en el único que quería que ganara la selección francesa pues consideraba a Zidane el mejor jugador de su generación, de una era, de la historia. Sus goles, sus fintas, su técnica con el balón me hizo salir de mi casa y comenzar a patear –como venado recién nacido– ese cuerpo esférico, que deseaba ser un grande como ellos. Y ahora el pendejo me tumbó todo. Las esperanzas, la credibilidad, mi sentimiento de dignidad.

Sin embargo, contrario a mí, mis familiares veían en Zidane esta supremacía blanca, que se jactaba de estar en un estrato arriba a nosotros. Ellos lanzaban sentencias de un acomplejado y yo sólo escuchaba. Ni las cosas que hacía en el Madrid, ni las tantas veces que llevó a la selección francesa –como un héroe, simplemente como alguien que ejercía liderazgo con un grupo– les cambió el pensar y sentir contra el capitán de ese hombre sin cabellera. Querían que Italia ganara, que le robaran a Francia ese añorado triunfo.

Por eso cuando volteé, una oleada de improperios comenzó a llegar, todos de parte de mis primos. Te llevas y no te aguantas; ya vas a hacer berrinchito como el francesito; mírenlo, se va a poner a llorar. Y, efectivamente, ganas de llorar no me faltaban. A nadie le faltarían si un grupo de orangutanes que te doblan la edad te empiezan a castrar los huevos. Sin embargo, me contuve. Me ayudó que a mi lado estaba un primo menor a mí, un año, que me dirigía miradas de desconcierto por qué no entendía lo que pasaba. Yo sí, pero me hice pendejo, hice el que no escuchaba, hice el que todo mejoraría, que Francia saldría victorioso cuando el reloj marcara los noventa minutos.

Francia, gracias a un error del equipo italiano, introdujo el balón en un penalti. Zidane fue el artífice de la hazaña. Casi diez minutos después, su acérrimo enemigo– aunque para entonces no lo sabía– cobraría venganza para Italia. Materazzi empataba el partido. En los siguientes minutos todo se movía de extremo a extremo. El balón, los jugadores, la banca, los directores técnicos, los ojos de los televidentes, mi corazón esperando a que ganara Francia. Putos franceses, digo en retrospectiva. Nos cogieron hace años –no deportiva, sino políticamente hablando–, ni escriben tan chido –leo a Breton y mi cabeza cae, como la de Zidane, de enojo sobre el libro– y su comida no está tan chida.

Entonces ¿por qué le iba Francia? De todos los malditos equipos que participaron en el mundial –Brasil, Alemania, Italia– ¿qué de especial tuvo Francia para que lo eligiera como mi gallo dentro de esta competencia?

No sabía en ese momento. Hoy creo saber. (Mi corazón, como el del resto del mundo, es afrancesado: en búsqueda de lo romántico, de lo ideal, pero hipócrita y convenenciero.) Sin embargo, poco me importaba a mis siete años. Lo importante era, como más tarde comprendí y acepté que no cambiaría con el pasar de los años ni con toda la madurez que me daría la vida, no quedar como un pendejo. Que mis primos se tragaran sus palabras. Que, en el último minuto, Francia agarrara ese cuerpo bañado en oro y lo levantara para tener en su haber dos decoraciones de ese tipo.

Me mantenía a la expectativa del partido. Mi primo menor me veía, volteaba a ver la televisión y regresaban sus ojos a mi cara descompuesta. Yo observaba de soslayo, sin querer verlo. Oía sin oír las voces de mis primos en el fondo, burlándose. Toda mi atención focalizada en la pantalla.

Pero ni Francia ni Italia. Ninguno tuvo la tenacidad de ganarle al otro en tiempo regular. Todo se decidiría en penales, ese terreno en el que ningún jugador de fútbol quiere caer. Ya sin un líder, el equipo francés se plantó en medio del área grande, en el punto indicado para cobrar el penal. Con la duda y el temor controlado, Sylvain Wiltord, Éric Abidal y Willy Sagnol sobrepasaron la figura de Buffon y el balón acabó en la red. No obstante, David Trezeguet, la figura de respeto que pisaba cerca los pies de Zidane, erró en su tiro. Hubiese implicado poca cosa, si no fuese porque los italianos metieron las cinco oportunidades de penalti que se les presentó. Pirlo, Materazzi –el vengador de mis primos, su héroe–, De Rossi, Del Piero y Grosso ondearon la bandera verde, blanca y roja del país europeo, en señal de victoria.

A huevo chingada madre, gritó uno de mis primos. Todos aplaudieron y vitorearon el momento. Mi primo menor puso su mirada en mí. Vio cómo una pequeña lágrima salía de mis ojos, llena de frustración y deseo de no quedarse más en ese lugar. No supo qué decir. El desconcierto pobló su cuerpo, igual que al mío, confundido por no tener la posibilidad de irse ni saber cómo cambiar los hechos. Los demás se olvidaron de mí. Como el ganador de una batalla que está más ocupado en celebrar el éxito que en hacinar a los sobrevivientes en un grupo de prisioneros.

Creí haber perdido el respeto, no sólo de ellos, sino de mí mismo por irle a un equipo perdedor. Me sentía yo parte de esa derrota, de una incredulidad por confiar en una circunstancia que desembocó en otro escenario. Quería llorar, pero me contuve. Quería decir que Francia era, pasara lo que pasara, la mejor

selección del mundo. Que mi corazón no dejaría de ser afrancesado. Pero nada hubiese servido. Levantarme a favor de ellos era fútil a este punto, lo mejor era volverme parte del enemigo, de ese ser tan detestable que asco me provocó en los anteriores minutos.

Seguían la mirada de mi primo en mi persona. Observó cómo llevé mi mano al rostro y sequé lentamente la lágrima que escurría por mi cachete. Descubrí, entrado en ese preciso momento, que podía cambiar todo con decir tan sólo una palabra –pues, en muchos contextos, decir es hacer–. Vi al televisor –Italia victorioso–. Oí a mis primos –carajo, qué alegría me da–. Giré mi cabeza, hice contacto visual con mi primo menor y dije: Yo siempre le fui a Italia.

Un clavado que nadie olvidará

por: Dennis Cortinez

El domingo 29 de junio del 2014 queda en la memoria de muchos mexicanos, ya que fue el día en que México se despidió del Mundial de Brasil, después de ser derrotado en octavos de final por Holanda.

Aficionados del tricolor vestían los colores correspondientes, usaban sombreros, bigotes, máscaras de luchadores entre otros accesorios que siempre nos han caracterizado. Todos estaban entusiasmados por ver un partido importante para el equipo. La esperanza estaba en el pensamiento de muchos, para que la selección azteca avanzara a la siguiente etapa estaba.

El árbitro dio el silbatazo inicial. Las banderas comenzaron a ondear. Avanzado el tiempo todos tenían incertidumbre. En la primera mitad, se vio a un tricolor que buscó no desgastarse y salir ileso de dicho tanto y a un “Piojo” Herrera alterado por mejorar la situación del partido.

Giovanni Dos Santos logró empezar con el pie derecho la segunda mitad, esto después de anotar en el arco de la naranja mecánica. Hizo que los aficionados incrementaran sus esperanzas y que el equipo retomara mayor fuerza para terminar con orgullo lo que ya había comenzado.

Ochoa defendió como nunca su portería, ante la dura insistencia del equipo contrincante por querer emparejar la situación del encuentro. Sin embargo, los esfuerzos de la selección holandesa rindieron frutos al lograr que el balón rodara hasta dentro del arco mexicano.

El empate se hizo presente justo a unos minutos de finalizar el encuentro. El semblante de la afición mexicana cambió drásticamente a una preocupación notoria. Los nervios incrementaron al igual que la incertidumbre de poder continuar en la justa mundialista. Después sucedió algo que no se veía venir, un penal.

Se marcó penal a favor del equipo holandés, después de que Arjen Robben hiciera el ya famoso “clavado”. Provocó que poco a poco se esfumaran las esperanzas que se tenían de sobrevivir quizá en tiempos extras. Se cobró justo en los últimos dos minutos del partido y fue un cañonazo que estuvo fuera del control de Ochoa. Así murieron completamente los sueños e ilusiones de los mexicanos para ese mundial.

Algunos lloraron de tristeza, otros se enojaron, hubo quien se quedó en shock por lo ocurrido. La desilusión fue el factor común entre todos los aficionados. Se podrá decir que no era penal, pero eso ya no cambiará los resultados obtenidos. Ahora en Rusia 2018 se espera que la historia sea diferente y que México por fin pueda avanzar de los octavos de final. El camino será difícil pero esperaremos

con ansias que se puedan vencer los obstáculos que surjan. Recordemos también que si algo es seguro, es que la afición siempre estará presente en cada paso que haga el Tricolor para apoyarlo con la alegría, la esperanza, el carisma y la unión que la caracteriza.

Un joven seleccionado

por: Cesar Cercado

Estar en las juveniles de la Selección Mexicana fue una experiencia extraordinaria. Por allá del 2005 recibí llamado para formar parte del proceso de preparación rumbo a la copa del mundo sub17 en Perú 2005. Me tocó convivir compartir vestidor viajes y experiencias, con jugadores como Giovanni, Carlos Vela, entre otros. Justo en la lista final ya no me toca estar, pero a pesar de eso me siento muy feliz de que el equipo haya salido campeón.

Seguimos creciendo y sí, seguí siendo llamado para la selección. Después de fueron las categorías 18, 20, etc. Fueron experiencias extraordinarias, pero aún tengo la ilusión de volver a representar a mi país ahora en la categoría mayor. Sería algo único.

La nostalgia del último partido

por: Ricardo Hernández Esparza

Ahora que se maneja la posibilidad de que México organice la Copa Mundial de Fútbol del 2026 de manera conjunta con Canadá y Estados Unidos, me siento doblemente afortunado de haber presenciado los juegos que se llevaron a cabo en el estadio Cuauhtémoc, de esta ciudad de Puebla durante la copa de 1986.

Recuerdo con mucha alegría cuando Colombia dio a conocer que por problemas económicos no podría realizar el torneo. Nuestro país se apuntó bajo el argumento de que con un bote de pintura y una brocha podíamos arreglar los estadios, para que se jugara en nuestro país la competencia de fútbol más importante del planeta.

A mis 19 años de edad, tengo que ser sincero, me emocionó saber que podría disfrutar de cerca un evento de este nivel. De la misma forma percibía que había muchas voces de protesta, ante la aparente irresponsabilidad de aceptar un compromiso de tal magnitud, cuando habían pasado muy pocos meses de aquel terremoto de 1985. Esa inconformidad se vio reflejada cuando, en la inauguración, más de cien mil almas se unieron para dejar evidencia de su molestia en cuanto se anunció por el sonido local la presencia del entonces presidente de nuestro país, Miguel de la Madrid. Aunque los enterados argumentaban que ese silbido monumental en el Azteca, no se debió al hecho de haber aceptado la encomienda de hacer el mundial, sino a la ineficiencia de un gobierno que tardó demasiado en hacer frente a la tragedia acontecida el 19 de septiembre de 1985. Como sea, en mi papel de aficionado y en plena etapa universitaria, trataba de conformarme con ver los partidos en televisión, aún los del Cuauhtémoc, pues no contaba con los recursos para comprar boletos.

Sin embargo, dos días antes del primer partido en Puebla, aquel que disputaron Italia y Argentina el 5 de junio, recibí la sorpresiva visita de un hermano de mi padre para decirme que tenía mi block de boletos para los juegos que se llevarían a cabo en el Cuauhtémoc. Quedé sin palabras y sólo atinaba a tomar los boletos entre mis manos y agitarlos como el tesoro que jamás pensé tener.

Así, aquel 5 de junio, acompañado de mis primos y tíos, nos dirigimos al Cuauhtémoc que lucía sus mejores galas. Ya con las añadidas rampas poniente y oriente, tomamos nuestro lugar en la platea. No saben la emoción que sentí cuando apareció en el terreno de juego Diego Armando Maradona, que literalmente sería el gran protagonista de la copa.

Una vez iniciado el duelo, no tardé mucho en festejar el primer gol conquistado

por Alessandro Altobelli al minuto 6' de penal. Ni qué decir cuando el estadio se cimbró al 34', con el tanto de Diego Armando Maradona. A final de cuentas, el choque terminó 11.

Cinco días después, nueva cita en el estadio para ver el Corea del Sur contra Italia. Terminó ganando el equipo europeo por 3 goles a 2, apareciendo de nuevo Altobelli con dos goles, en un escenario dividido entre la comunidad italiana vecindada en Chipilo y los poblanos que escogieron como equipo favorito sentimental a los coreanos. Estos últimos dejaron una gran impresión por la enjundia y garra con la que se midieron a una selección histórica.

Luego, una larga espera de seis días para regresar al estadio ahora en la ronda de octavos de final para ver a Argentina medirse a la Uruguay de Enzo Francescoli. Un día que resultó angustiante. Pensé que no iríamos ante el tremendo aguacero que cayó aquella tarde del 16 de junio. Hechos una sopa, llegamos puntuales a la cita para ver el triunfo de Argentina, sobre la garra charrúa con gol de Pasculli. Pocos nos imaginábamos en ese momento que en Puebla le decíamos adiós al equipo que se alzaría con la Copa FIFA, poco después.

Pero la euforia mundialista no había terminado para la Angelópolis. El día 22 por la tarde, una actividad inusual en el camino al estadio, significaba que era el turno de ver a la selección española enfrentar a Bélgica, en compromiso cuartofinalista. Y es que debido a la gran comunidad española que radicaba (y que sigue viviendo en Puebla), a nadie le llamó la atención ver un estadio pintado de rojo.

No obstante, aquella Bélgica del carismático portero, Jean Marie Pfaff, no mostró pánico escénico y se plantó bien ante el combinado español. Pronto tuvo su recompensa, cuando se fue al frente con anotación de Ceulemans en el primer tiempo. No les quiero decir el rostro desencajado de los aficionados, que veían pasar los minutos sin que su favorito reaccionara. Fue hasta que vino aquella explosión de júbilo al 85', cuando Juan Antonio igualó los cartones.

Parecía que la suerte le sonreía al cuadro ibérico y a su afición encabezada por Manolo el del bombo. Tras los tiempos extras vino el drama de los penales en el que los belgas atinaron los cinco, mientras Eloy fallaba por España, sentenciando su eliminación.

Lo que vino después tuvo tintes de tragedia. No saben lo que fue salir del Cuauhtémoc observando a decenas, cientos y miles de aficionados que apoyaban a España, con rostros desencajados, algunos furiosos y otros, sobre todo niños, llorando inconsolablemente. Quedaba solo un boleto en el block.

Era el juego por el tercer lugar, programado para el 28 de junio, del cual conocimos a los protagonistas el 25, después de que Alemania derrotó a Francia 2-0 y

Argentina, con el mismo marcador, gracias a Maradona, se impuso a la sorprendente Bélgica.

Aquel duelo me puso entre la espada y la pared como nunca antes me había pasado en el fútbol. Sentía simpatía por Bélgica, pero me encantaba la forma de jugar de los franceses, que a final de cuentas ganaron 4-2 en tiempos extras.

Después, la nostalgia de saber que tal vez había visto en vivo mi último partido de una Copa del Mundo.

Hola, soy Kevin Ricardo Hernández Chevalier, mi experiencia en los mundiales no es larga pero es muy curiosa, indescriptible y memorable.

Mi primer mundial no lo recuerdo. Para Corea-Japón 2002, apenas tenía 3 años, pero por lo que he visto en videos familiares, puedo decir que me hice muy aficionado desde entonces, gracias a mi papá. Me compraba todo tipo de juguetes y peluches de México, así como él se complacía comprándose todo tipo de artículo alusivo a dicho torneo mundialista. Recuerdo haber visto en la casa vasos, platos, tequileros y copas con el logo y mascota de ese mundial.

Sin duda alguna, desde muy pequeño he sido fanático del fútbol. Debo dar gracias a la vida por las oportunidades que se me han abierto respecto a este bello deporte.

Alemania 2006 lo recuerdo un poco más. Con 7 años recién cumplidos, me entusiasmaba ver los partidos de la selección. Era fascinante disfrutar a los jugadores que veía cada semana en la tele jugando entre sí, por fin juntos.

Recuerdo perfectamente ir en primer año de primaria. Las maestras nos ponían la televisión en la parte trasera del salón, y solo aquel que terminara el trabajo encargado podía voltear su banca a admirar los compromisos del tri. Para colmo de un aficionado como yo, le bajaban el volumen para que ni siquiera pudieras estar atento a la narración del “Perro” Bermúdez. Lo único que podía hacer era atenerme a las expresiones de mis compañeros responsables, que acababan antes que yo. Como buen pequeño, pensaba que México le podía ganar a quien fuera por el simple hecho de ser México. Esto último no le importó a Maxi Rodríguez, al reventar las redes del tricolor en el partido de Octavos de Final.

Para Sudáfrica 2010 las cosas fueron diferentes. Ver a un ídolo chiva, como Javier “El Chicharito” Hernández, me emocionaba demasiado. De igual forma, vislumbrar a Cuauhtémoc Blanco, Carlos Vela, Rafa Márquez, “El Bofo” Bautista y muchos otros, era increíble. Sin embargo, la ilusión ya no era la misma. La mentalidad había cambiado en cuatro años. Sabía que vería a México, pero el campeón sería otro.

Mi fanatismo por el Barcelona me inclinó a apoyar a la Selección de España desde el inicio, (cosa que si me gustaría aclarar, pues muchos creen que mi apoyo a España empezó junto con su primer título mundialista). Me entusiasmaba ver a Piqué, Puyol, David Villa, Iniesta y varios personajes más del equipo culé. Así mismo, en dicho mundial me tocó ver por primera ocasión un partido en una sala de cine, en específico la Semifinal entre Alemania (selección a la que apoya mi padre) y España, que acabó

siendo la triunfadora la segunda con un cabezazo de Puyol. Salí dando saltos por toda la plaza. Mi papá aguantaba su coraje por celebrar conmigo. La canción oficial de aquel mundial africano es la que más recuerdo y más me ha gustado. El “Waka Waka”, de Shakira, fue la canción que ocupábamos para quitarnos la pena, al momento de los ensayos para el baile en los XV años de mi hermana Denzel (que celebramos en noviembre del siguiente año).

En el Mundial de Brasil 2014, con 15 años cumplidos, sabía a lo que iba. La espera de más de 1400 días terminaba. Muchos decían que la selección que viajaba al país sudamericano ilusionaba, incluso, con traerse la primera Copa del Mundo. Muchos de los jugadores de la Selección Sub-23, que había ganado 2 años antes su primera Medalla Aurea en los JJ.OO. del 2012, estaban convocados para asistir a esta justa. Giovanni Dos Santos, Raúl Jiménez, Jesús Corona y el mismísimo Oribe Peralta, entre otros, ilusionaban a los habitantes de este hermoso país. Mientras yo cursaba el tercer año de secundaria, pasó este mundial. Con muchas de las materias exentas de la evaluación final, pude disfrutar a plenitud la mayoría de los partidos de México. El primero, frente a Camerún, desgraciadamente me tocó verlo en una pantalla de 15 pulgadas de mi escuela. Se alcanzaban a ver 22 “hormigas” corriendo por una “migaja de pan”. El profesor de inglés nos dio permiso de verlo, mientras respondíamos el “Student’s book”. Y, de hecho, estábamos más preocupados al no sabernos las respuestas del libro, que del partido. Terminó con un simple 1-0 a favor de México. El segundo, ante Brasil, lo vi con mi familia en casa. Emoción, coraje, gritos y risas destacaban en una habitación. Las atajadas de Ochoa, las llegadas de Neymar y de “Chicharito” nos tenían al filo del asiento. Fue el empate sin goles más emocionante que he visto en toda mi vida.

Por último, ante Croacia, viví un duelo que jamás olvidaré. Mis mejores amigos (hasta la fecha) nos pusimos de acuerdo para ir a ver el juego en algún restaurante o colarnos en algún bar que lo transmitiera. Con lo que no contamos era con que no llevamos suficiente dinero para un sitio así. Pasamos media hora buscando un lugar cercano a la escuela y terminamos yendo a un restaurante de comida corrida que dejó satisfecho a nuestras carteras. De entrada, unos nachos (riquísimos) que duraron en la mesa medio minuto, como siguiente plato; unas crepas (que cada quien pagó como pudo); y, para terminar, unas papas a la francesa fueron suficientes para hacer de esa tarde inolvidable. Las personas que estaban en ese restaurante, extrañamente, ni atención les llamaba la pantalla, haciéndonos los únicos locos emocionados por el marcador. Una silla rota, una llamada de atención y muchas risas resultaron de aquel día, que si me preguntan, reforzaron la amistad que apenas comenzábamos.

Por último, espero con ansiedad el Mundial de este año, ilusionándome con algún día poder vivir uno desde la butaca de un estadio, y, ¿por qué no?, en un palco de transmisión.

Luna de miel

por: Angélica Chevalier Ruanova

Por cuestiones familiares, me ha tocado vivir de cerca seis mundiales, partiendo del realizado en Estados Unidos en 1994.

Antes de esa fecha recuerdo otras copas del mundo, pero por lo que en casa comentaban mis hermanos y cuando se reunían para ver algunos juegos como los celebrados en Italia en 1990, México en 1986 y España en el 82.

Un año después de haberme hecho novia de mi hoy esposo, supe que pasaba a formar parte de las viudas del fútbol, en cuanto arrancaba una competencia de este tipo.

Recuerdo que empezó a llamarme la atención que antes de programar una salida al cine o a cenar, él veía su agenda y me decía si podíamos ir o no, dependiendo del juego que estuviera por efectuarse. No puedo negar que esa situación no me gustaba del todo, pero en el ánimo de no tener una discusión, y tomando en cuenta que era parte de su trabajo, accedía.

Llegó el mundial y entre mis estudios universitarios, las tareas que debía hacer y mi trabajo como reportera, empecé a poner un poco más de atención a lo que sucedía en la competencia. Fue tanto el furor, que me dio mucha tristeza cuando la selección mexicana fue eliminada por Bulgaria.

La vida siguió su curso y dos años después nos casamos justo cuando se llevaba a cabo la Eurocopa. No se sorprendan si les confieso que fue una luna de miel atípica. Debido a un huracán, no pudimos pasear; aunque, eso sí, no nos perdimos ninguno de los juegos que vimos por televisión y, como buenos periodistas, reportamos lo que sucedía en Acapulco a nuestras respectivas estaciones de radio.

Vendría el mundial de Francia en el 98. Recuerdo perfectamente el juego entre Alemania y México. Lo fuimos a ver en un vídeo bar llamado Sportmanía (ubicado en la Avenida Juárez y la 19 sur). El ambiente era extraordinario y uno se contagiaba de la emoción de la gente ahí reunida, hasta que vino el triste despertar con la eliminación. Al salir, los pocos que caminaban por la Juárez tenían algo en común, el rostro de la decepción.

Cuatro años más tarde, México iría al mundial que se llevó a cabo en Corea del Sur y Japón, en horarios muy complicados, muchos de ellos de madrugada. Sabíamos que en la sala de la casa había alguien viendo los partidos de la selección, porque

a pesar de que el volumen de la tele no se percibía, en cuanto caía un gol del Tri el grito de emoción de mi esposo y el de los vecinos, nos despertaban de inmediato a nuestros hijos y a mí. Mi hija de casi seis años, sólo atinaba a colocarse la almohada

en su cabecita pero el problema era volver a dormir a mi hijo de tres años cumplidos. Todo cambió en aquella madrugada en la que México jugó contra Estados Unidos. Hubo silencio total. Sólo significaba una cosa: la selección había perdido.

Posteriormente, la Copa realizada en Alemania en el 2006 agregó un nuevo aficionado de hueso colorado al mundial, mi hijo, ya de siete años de edad y apasionado por las Chivas. Sin embargo, la historia de nuestro representativo no cambió. En una comida familiar que tuvimos, justo cuando México enfrentó a Argentina, llevamos una tele de la casa para instalarla en el salón. La consecuencia fue que los invitados terminaron por hacer un círculo en torno a la tv y la fiesta tuvo que sufrir una pausa de dos horas, lo que no le hizo nada de gracia a mis tíos, anfitriones del convivio.

Luego, África organizaría su primer mundial teniendo como sede Sudáfrica. De nuevo nos ilusionamos cuando, tras empatar en el duelo inaugural con Sudáfrica, México derrotó 2-0 a Francia. Que por cierto, invitados por un patrocinador, mi esposo y yo tuvimos oportunidad de verlo en Africam Safari, mientras nuestros hijos lo disfrutaban en su colegio.

Pero el gozo se fue al pozo cuando nos volvimos a encontrar con Argentina en octavos de final y, para no variar, nos eliminaron. Finalmente llegó Brasil y su fiesta multicolor. Lo primero que capté, que no me había sucedido en otros mundiales, es que como nunca, antes del torneo, cada vez que parábamos en un puesto de periódicos y revistas, salíamos de ahí con un libro o un periódico con información de la Copa del Mundo o, en el mejor de los casos, con un montón de sobrecitos del álbum de Panini. Ya en plena competencia, y sabiendo que podría ser el mundial más complicado para México, tomando en cuenta que quedó en el grupo del anfitrión Brasil, así como con Croacia y el indescifrable Camerún, bastó el gol de Oribe Peralta, que significó el triunfo sobre los africanos. Luego de aquella heroica actuación de Memo Ochoa ante Brasil, con el que se empató a cero goles, soñamos con el famoso quinto juego. Esto creció después de ver al Tri vencer a Croacia.

La mesa estaba puesta para enfrentar en octavos a Holanda, con la historia ya conocida por todos. Empate a uno, un penal inventado por el árbitro en el último minuto del juego y el cobro perfecto de Huntelaar que significó el adiós de Brasil.

Hoy, ya iniciada una nueva copa del mundo, con más avances tecnológicos y las redes sociales a tope, sé que estamos a punto de vivir una experiencia inédita en Rusia, donde, a pesar de los pronósticos, los mexicanos volveremos a ilusionarnos y a soñar con el quinto juego.

47

Lo que más me gusta son las estampas

por: Denzel Hernández Chevalier

Nací 2 años antes del mundial de Francia 1998 y tomando en cuenta eso, llevo 5 mundiales y este será el sexto. Espero que, ahora sí, México nos regale una actuación digna que le permita llegar a las últimas instancias.

He vivido los mundiales muy de cerca. Mis papás se dedican al periodismo deportivo, en la casa es reglamentario ver los partidos en familia y mientras comentamos sobre los encuentros.

Desde que recuerdo juntamos los álbumes Panini alusivos a estas fechas. A mi papá siempre le ha gustado coleccionar cosas referentes a estos torneos. Hasta hace algunos años la “Coca Cola” sacaba vasos conmemorativos, los cuales eran verdes y con el apellido de seleccionados nacionales mexicanos. Cabe aclarar que no soy una persona que se entusiasma por ver un partido de fútbol, pero con el mundial es diferente. La gente te pega su euforia por ver los encuentros en el cine, o simplemente en la televisión de la casa con la familia.

Una de las experiencias que más recuerdo fue en un aniversario del programa “Contacto Deportivo”. En él participaba mi papá, Ricardo Hernández. Como atractivo principal estuvieron las chicas del grupo “Chick Pack” cantando la canción “Chiquitibum”, tema de uno de los mundiales.

Cuando tenía 9 años se llevó a cabo el mundial Alemania 2006. Era muy divertido porque en la escuela poníamos la tv en el canal “2”, curiosamente era el único que se veía. Los profesores nos dejaban sentarnos con nuestros amigos y comprar botana, refresco y compartirlo para ver los partidos.

Desde ese mundial se convirtió en mi ídolo “Guillermo Ochoa”. Fue como 3er portero suplente, pero, siendo sincera, solamente veía los partidos para ver si en alguno ponían en la portería a Paco Memo. Un año después, vino al estadio Cuauhtémoc como portero del América y un amigo de los medios de comunicación me hizo el favor de pedirle que firmara mi playera, misma que conservo.

Lamentablemente no tengo buenos recuerdos de la participación de México en los mundiales, por eso mismo no apoyo tanto a nuestra selección.

Por lo que se refiere a Sudáfrica en el 2010, lo que más recuerdo fue cuando compramos el álbum y como nos faltaban estampas íbamos a cambiarlas a una papelería rumbo a la UDLAP. Ahí en las tardes, los aficionados nos dábamos cita para que el señor que atendía la papelería nos vendiera las estampas que nos faltaban y mientras hacíamos la fila, Intercambiábamos de aficionado a aficionado; también tengo aún presente el “Waka Waka”, tema que interpretaba Shakira; ese tema fue uno

de los que más me gustó porque era el que poníamos para quitar nos el estrés mi hermano y yo. En ese mundial me tocó ver por primera ocasión un partido en una sala de Cinepolis, en específico la Semifinal entre Alemania vs España, que acabó siendo triunfadora la segunda con un cabezazo de Puyol. Mi papá me había comprado el jersey de Alemania y recuerdo ir al cine con la frente en alto, por apoyar a una selección que daba batalla.

Luego, la euforia del mundial Brasil 2014 comenzó desde la oficina de mi papá, esperando el sorteo de los grupos. Un momento de tensión por saber México como quedaría ahora, pero también con mucha felicidad de volver a ver a Alemania en esta justa olímpica. Me encantaba ver la inauguración y algunos partidos de la selección con mi familia, era motivante sentarnos juntos y compartir datos del encuentro.

Ahora viene Rusia 2018 y espero que México tenga una mejor participación. confié en que llegaremos al 5to partido, aunque tengo que reconocer que lo que más me gusta del mundial es pasar horas intercambiando las estampas para el álbum y quedarme con la repetida de "Paco Memo Ochoa", que hasta la fecha sigue siendo mi ídolo del fútbol.

Espero que la siguiente vez que escriba de los mundiales sea con la experiencia de haberlo vivido, no se si será el mundial de 2022, o tal vez 2026, pero estoy segura que algún día iré a verlo en vivo. Confié en ver ganar a la Selección Mexicana, pero ahora estando en el estadio presenciándolo. Quizá es solo un sueño, pero sé que puedo lograrlo!!!

Me despido no sin antes recordarles que, como decía Steve Jobs: "Si tú no trabajas por tus sueños, otros te van a contratar para que trabajes en los suyos". Nos vemos en Qatar 2022!!!

por: Enrique Moctezuma Malacara

Eran las nueve de la mañana en el verano de 1994 y yo estaba haciendo mi examen final de... no sé de qué, eso sí, iba en segundo de secundaria, tenía 14 años y nunca había gritado un gol de México en un mundial. El partido contra Irlanda empezaba a las 11, así que debía terminar el examen y correr despavorido a casa. Iba preparado con una tele portátil que me permitiría ver la previa televisiva en el camino, había que disfrutarlo todo, me la había prestado un primo que estaba de visita para ver el mundial. Salí del examen y prendí la tele de inmediato, ya estaban a cuadro Juanito Dosal y si no mal recuerdo, el Che Ventura.

Ocho años antes, en la Ciudad de México, había vivido el momento futbolístico más triste en lo que iba de mi vida: la derrota de México ante Alemania. Cuando se tiró el último penalty sentí un frío nuevo, interno, uno nunca antes sentido en mis seis años de vida. Salí a la calle a patear un balón, medio en estado zombie, tratando de entender lo que había sucedido, mi mamá fue por mí, “métete que hace frío”, obedecí, dio igual. Todo el fervor por México 86, se había ido. Y el único partido que vi con plena atención, había sido ese de cuartos de final.

En el 90 me tuve que emocionar con Milla de Camerún y Valderrama de Colombia, porque México no asistió debido al infame escándalo de los cachirules. A mis 10 años entendí dos cosas del futbol mexicano: en penalties nos ganaban y éramos malos para hacer trampa.

Antes del partido con Irlanda en el 94 habíamos perdido uno a cero con Noruega, así que el grito de gol en un mundial seguía ahogado, contraído, no grité ninguno en el 86, apenas me introducía al futbol, así que no lo había gritado en toda mi vida.

El Cree Madero iba casi vacío, para mí sólo existían mi telecita, Dosal y Ventura (estoy casi seguro que era él). Veía el reloj y mi emoción crecía, iba a llegar a tiempo a casa. Me bajé del camión y caminé tranquilo las cinco calles que me separaban de mi sillón y mi tele. Iba disfrutando el momento, los minutos previos al juego. Era un chico de 14 años, con saco, pantalones y zapatos negros, que caminaba sonriente, esperando vivir hora y media de emociones insospechadas. Veía las casas, los árboles, el pasto junto a mí, todo estaba expectante.

Llegué a casa y mi mamá tenía listas unas botanas para mi primo y para mí, unas papas, tal vez unas jícamas. Dejé mi telecita, que había cumplido ya su objetivo, y me senté junto a mi primo para ver las alineaciones: Luis García, Marcelino Bernal, Joaquín Del Olmo, Carlos Hermosillo, Suárez... ¡claro que se podía carajo!

El primer tiempo casi se iba en blanco, Irlanda no traía nada y la selección mexicana, apoyada por su afición y un tremendo calor, se veía cerca del momento glorioso. De pronto sucedió, fue repentino pero lo recuerdo en cámara lenta, Marcelino Bernal le dio el balón a Hermosillo en la entrada del área grande, de espaldas a la portería este dejó el balón a Luis García, quien venía de frente y sin pensarlo lo prendió de primera, una ráfaga cruzada que entró al poste derecho del portero irlandés. Nuestras papas volaron por los aires, tomé a mi primo de los cabellos y besé su cráneo, no abrazamos, saltamos, gritamos, gritamos y gritamos, mi madre llegó corriendo sonriente, creo que nuestra felicidad le daba más gusto que el gol. Al mismo tiempo, Luis García gritaba improperios, fúrico, antes de que Del Olmo lo tacleara violentamente.

Me pregunto cuántos mundiales veré, cuántos goles de México gritaré, con quienes estaré. Son recuerdos imborrables, que ilustran etapas de la vida, que provocan nostalgia, que nos recuerdan a los que ya no están y que dan ilusión, por compartirlos con los que acaban de llegar. Un grito de gol en un mundial, para los futboleros, es una pequeña marca en la línea de vida, para mí este zapatazo de Luis García, a mis catorce años, fue sencillamente, el primero.

México - Brasil (17 de Junio del 2014)

por: Benjamín Sánchez Fernández

Un 17 de junio quizá fue uno de los días más integrados en el tema futbolístico en la familia. En la mañana, interno en la universidad mis compañeros hablaban sobre el futuro del partido, como a las 8:30 horas iniciaba la clase. A las 10:00 fuimos por unas memelas y mucha gente especulaba y tenía en mente el tema del partido entre nuestra selección nacional contra los jugadores de casa (Brasil). Al desayunar entre reojo mirábamos las primeras apuestas por parte de unos aficionados al futbol.

13:00 horas marcaba el reloj y nuestro director nos daba su punto de vista sobre los posibles hechos del partido:

-Gane o no gane México, yo sólo veré a mi novia Shakira.

Shakira era el amor platónico del director y por qué no, al compás del "Waka waka" yo también movía la cabeza.

15:00 horas y tenía que ir a trabajar, las primeras ventas de alcohol, botanas, refrescos y hielos no se hicieron esperar. "Recuerda que las botellas se entregan en caja" me decían y aun así apenas iba a alcanzar el producto para las ventas. Entre plástica y plástica valga la redundancia logramos convencer a la jefa de que en todos los televisores de la tienda pusiéramos a la hora el juego del mundial, ya que muchos no lo veríamos por el horario laboral.

Para las 17:30 horas dejamos listo y a la mano toda la mercancía que se pudiera vender, el alcohol en bodegas y nosotros en nuestras posiciones, tanto para cuidar como para ver el partido.

19:00 horas. A dos de iniciar el partido, me llaman para saber si me animo a ir a un bar a ver el juego, con todo el dolor de mi corazón comenté: "No, no puedo ir, me tienen encerrado y hambriento (bromeaba) pero por lo menos lo podré ver.

20:30 horas. A casi nada de iniciar y los clientes llegaban y llegaban. Sinceramente no creí ver el partido con tanta interacción, pero quién diría que lo que va a pasar más adelante me beneficiaría y también a mis colegas.

21:00. El juego casi empezaba, mientras en las televisoras mencionaban las alineaciones del partido: Portero Ochoa, en la defensa Maza y Moreno, los medio campistas Márquez, Aguilar, Layon, Guardado que ya era una especie de leyenda junto a Márquez desde la secundaria y también por el FIFA. Los delanteros Giovanni y Peralta.

Los rivales aunque no los ubico bien, iniciaban con J. Cesar en la portería, Alves, Silva, Luis y Marcelo en la defensa, Paulinho, Gustavo, Ramírez, Neymar, Oscar en los medios y Fred en la delantera.

Mientras los jugadores realizaban el tradicional saludo, las cajas sonaban con más fuerza, tanta era la presión del inicio que los clientes empezaban a gritar y en casos vociferar la rapidez del cobro, yo miraba desde lejos.

Unas bocinas fueron conectadas a un televisor y como si se detuviera el tiempo. Al escuchar el silvido todo mundo empezó a poner atención al comentarista. Con un inicio bastante activo, Brasil rápidamente comenzó a atacar a nuestro equipo y a espantarnos con los primeros disparos hacia Ochoa, después un fuera de lugar se marcó por el auxiliar. Todo sucedió en tan solo 10 minutos de juego. Compañeros con una mente vivaz habían colocado algunas botanas para ir viendo el partido aunque de forma pausada, en otros 15 minutos otro susto por parte de México en un disparo contra Brasil, los borregos de las vocales no se hicieron esperar (Ahh!, Ohh!, Uhh!). Una gran atajada por parte de César y el Piojo casi perdiendo la cordura. Un aficionado mostraba en cámara lo que en la mayoría de la tienda sentíamos. Pasando por los pasillos escuchaba otra vez los lamentos, Ochoa atajaba un tiro enemigo a casi nada de entrar, Neymar estaba atacando.

Eran las 21:34 horas cuando un tiro de esquina por parte de Neymar estaba al acecho, todos en el área de “Electrónica” estábamos inmóviles ¿Qué pasaría?, un tiro de cabeza fue atajado por el poderoso Ochoa, tenía preferencia por Osvaldo por historia, pero Ochoa era Ochoa. El partido se tornaba flojo, era el momento perfecto para seguir apurándonos. Casi al término del primer tiempo nos tocó vivir otro susto, pero el guardameta mexicano estaba en pie. Sonaba el silbato del primer tiempo y todos agradecemos el descanso.

Mientras continuaban el juego mis colegas iban a cenar. Estas acciones son curiosas, incluso dentro del estadio, aunque uno vaya con cierta resignación la gente se encarga de contagiar el ánimo, la alegría y sentir cómo en poco tiempo uno corea las canciones aunque no nos sepamos la letra.

Al inicio del segundo tiempo otro disparo por parte de México o eso escuchaba en la bocina mientras yo me encontraba sentado... No diré más. Más relajado y un tiempo después Brasil nos vuelve a atacar con un tiro de esquina, pero salió muy lejos de la portería. Casi al momento, Brasil se levanta y vuelve a atacar pero la defensa mexicana se hace notar. El piojo gritaba y gritaba que no se adelantara la defensa, ya que dejan solo a Ochoa. Diez minutos después una fuerte entrada al “Chicharito” Hernández por parte de T. Silva, pero como buenos camaradas, se dan la mano y siguen al juego, fue tarjeta amarilla por cierto.

Paralizados en el último juego, Ochoa vuelve a atajar un cabezazo, producto de un tiro de esquina y al momento suena el silbato del final del encuentro, mientras tanto en la tienda se daban instrucciones de que ya íbamos a cerrar.

Mientras cerrábamos la tienda, los clientes se retiraban y comentábamos el empate del partido (0-0). Este juego no nos dejó un mal sabor de boca a pesar de ser octavos de final.

Llegando a casa, la familia comentaba el juego junto a un resumen en la televisión, otros en la radio y yo por las redes. Aunque no soy muy fanático de este deporte, son enfrentamientos que vale la pena vivir y en ciertos casos recordar.

¿Cómo matar el hambre mundialista?

por: Darío A. Mendivil

Con demasiada ilusión puesta en la selección, unos camaradas y su servidor salimos a ver el partido de octavos en algún lugar de la hermosa ciudad de Puebla. Como todo grupo de amigos, nos enfrentamos a la difícil tarea de escoger un lugar que satisficiera los gustos y el hambre que llevábamos. Temprano por la mañana nos reunimos en domicilio conocido, para después empezar a caminar por las céntricas calles de la capital, aquel día el sol estaba a toda madre; pues el medio día se iba acercando. Al paso que dábamos nos fuimos encontrando con este ambiente de fantasía que todo mexicano adquiere en temporada de mundial; un mundo lleno de personas esperanzadas vistiendo playeras del tricolor o algún otro artilugio que haga notar su apoyo. Eran las 11:00 horas de un sábado para el olvido, el árbitro pitaba el inicio y nosotros sin alimento alguno, era algo terrible porque no se puede vivir un momento así con el estómago vacío; son tantas las emociones que puede provocar un partido de fútbol, que el no comer es cosa grave. Pasaron unos minutos y en nuestro recorrido nos enteramos de cada jugada; éramos un grupo de jóvenes que en los bolsillos traían algo de dinero, un poco de ilusión y mucha hambre, así que nos apresuramos a encontrar un lugar para comer.

Corría el minuto 23 y seguimos sin encontrar un sitio, queríamos matar el hambre y pasarla “agustín”, pero no acordábamos en dónde. Genaro, mi hermano del alma, comentó que para tragar cualquier lugar era bueno, siempre y cuando hubiera pantalla para ver partido. Justo 5 minutos antes de acabar el primer tiempo, nos metimos corriendo a un Burger, y ustedes dirán ¿por qué a un Burger?; la respuesta es sencilla, no había tanto dinero, y ya entrados en ambiente queríamos aprovechar la joyita de oferta que había. Minuto 48, nosotros apenas comenzando con medio bocado en los dientes y de repente el “Gio dos Santos” pone un fierrazo que nos hace escupir para gritar. Todo se volvió locura absoluta, el local estaba poseído por la magia del futbol; me quedé en shock. Tanto fue la euforia que tenía la gente, que una señora aventó las papas y besó al camarero. Ya estábamos cantando victoria, pero llegó nuestra maldición cuarenta minutos después; nosotros confiados ya íbamos por la tercera ronda de hamburguesas y que Sneijder saca riflazo matador para “Memito Ochoa”, sorprendido nos tuvimos que comprar un helado para aguantar el bajón. Resignados esperando los tiempos extra, que llega Robben a robarnos; todos bien encabritados aventamos todo, tanto que el gerente tuvo que ir a calmarnos.

Ya iban a dar la una y nosotros decepcionados partimos a ocultar el dolor que teníamos latente en el corazón, así que pagamos nuestra cuenta que llegaba a la nubes, pues cometimos el error que tiene todo mexicano cada cuatro años; confiar en la selección. El reloj marcaba las dos y yo apenas arribando a mi cantón me di cuenta que seguía con hambre, por lo cual desde entonces en cada mundial me preguntó: ¿Cómo matar el hambre?

El futbol según Brasil

por Tiago Díaz

Hay una anécdota muy graciosa. Recién cazado y feliz de la vida, toca que México enfrente a Brasil final de las Olimpiadas de Londres en el 2012. Mi esposa es una hermosa poblana. Primero cae el gol de México, de la mano de Oribe Peralta, mi esposa me lo comentó y yo dije “qué bueno, qué padre”. De repente Brasil empieza apretar y cae el segundo gol de Oribe, volví a decir “qué bonito, qué padre, estamos contentos amor”.

Los mejores recuerdos que tengo de los mundiales comienzan a partir de mis 8 años. Me tocó nacer en 1986 y el primero que disfruté fue el de 1994. Muchos decían que era de las peores selecciones, pero con Gomes Parreira, como entrenador, Romario y Bebeto se coronaron. En el 98 vi al que es el mejor jugador de todos los tiempos para mí, Ronaldo “O Fenômeno”. En ese año él queda como subcampeón de goleo y es la primera de las veces que lloramos por culpa de Zidane.

En 2002 despertábamos en la madrugada, con mamá, papá y los hermanos por el mundial en Corea-Japón. En esa contienda volvimos a ser campeón de los pies de Ronaldo. Disfruté increíblemente esos tres mundiales. Campeón, Subcampeón y Campeón otra vez.